

# La Ilustración Artística

AÑO XXIII

BARCELONA 18 DE ENERO DE 1904

NÚM. 1.151

## LECTURA GRATA

Hay cuadros que nos cautivan por la corrección del dibujo y del colorido; otros que nos encantan por el acierto con que el pintor ha sabido exteriorizar los sentimientos de los personajes a quienes su pincel dió vida: los primeros halagan nuestros ojos, los segundos nos llegan directamente al alma, y unos y otros, con más ó menos intensidad, nos hacen sentir esa emoción estética que es el supremo fin que debe perseguir el arte.

Pero hay también lienzos en los cuales las bellezas de forma se aúnan con las de fondo, compenetrándose de tal manera unas y otras que la contemplación de la obra pictórica produce en nosotros una impresión hondísima, porque á la vez resultan gratamente excitados nuestros sentidos y nuestro corazón.

A este género pertenece el cuadro del notable pintor francés Armando Bertón, que al pie de estas líneas reproducimos: por poco que en él se fijen nuestros lectores, admirarán la perfección con que está ejecutado; pero admirarán asimismo el sentimiento tan bien exteriorizado, que sin el menor esfuerzo, sin

necesidad de explicación alguna, podemos apreciar la índole de las sensaciones que experimenta la linda lectora y adivinar que el libro en que ésta se entretiene no es uno de esos libros picarescos que hacen sonreír maliciosamente, sino que es una obra de grata lectura que hace asomar á los labios una ligera sonrisa, revelación de un placer inocente cuya pureza no turba ningún pensamiento pecaminoso.

El lienzo es bajo todos conceptos hermoso. Hermoso es igualmente el grabado de Baude que lo reproduce y que permite apreciar todas las delicadezas de factura de la obra de Bertón.



LECTURA GRATA,

cuadro de Armando Bertón, grabado por Baude

# SUMARIO

**Texto.**—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Su rival*, por Noguera Oller. — *La expedición Nordenskiöld*. — *Nuestros grabados*. — *Noticias de teatros y necrológicas*. — *Problema de ajedrez*. — *La conquista*, novela ilustrada (continuación). — *Nuevo buque aéreo del profesor Langley*. — *La inteligencia de los animales*. — *La serpiente á caballo*.

**Grabados.**— *Lectura grata*, cuadro de Armando Bertón. — Dibujo de F. Williams que ilustra el artículo *Su rival*. — *La predilecta*, cuadro de Luis Jiménez. — *Planchadoras sevillanas*, cuadro de Ricardo Brugada. — *El general Vara de Rey*, grupo en bronce, obra del escultor Eduardo B. Alentorn. — *Monumento á D. Víctor Chávarri*. — *La Fama*, estatua que figura en dicho monumento, obras de Miguel Blay. — *Doctor Otto Nordenskiöld*. — *Miembros de la expedición sueca al polo Sur*. — *Salida de visperas*, cuadro de V. de Paredes. — *Coquetaría infantil*, cuadro de Elena Gevers. — *Retablo*, proyectado y ejecutado por Dionisio Renart. — *Nuevo aparato volador de Langley*. — *Taller flotante para la construcción del aparato Langley*. — *La amazona Teresa Renz ejecutando los ejercicios de la serpiente á caballo*. — *Paisaje*, cuadro de José María Marqués.

## REVISTA HISPANO-AMERICANA

**Cuba:** el tratado de reciprocidad comercial con los Estados Unidos. — **República dominicana:** el presidente Wos y Gil: sus aspiraciones: otra revolución y otro gobierno provisional. — **El Salvador:** ratificación del convenio para el arreglo de la cuestión Burrell. — **Colombia:** la cuestión de Panamá: preparativos militares de colombianos y yanquis: gestiones del Centro Colombiano en París y del general Reyes en Washington: protestas en el Senado yanqui contra los actos de Roosevelt.

En diciembre de 1902 se había pactado el convenio de reciprocidad comercial entre Cuba y los Estados Unidos. Lo aprobaron los presidentes de ambas Repúblicas y el Senado cubano, y se canjearon las ratificaciones el 31 de marzo de 1903.

Faltaba la aprobación del Congreso yanqui. Este, reunido en sesión extraordinaria, lo aceptó el 19 de noviembre por 335 votos contra 21. El Senado dejó en suspenso la ley hasta el 16 de diciembre, á fin de que cualquier senador pudiese aún hacer observaciones. El 17 quedó aprobado definitivamente.

Aparte las mercancías de uno y otro país que ya gozaban y conservarán franquicia en la respectiva importación, se conceden aquéllos mutuamente una rebaja del 20 por 100 en los derechos de las tarifas actuales ó las que pudieran establecerse en lo sucesivo. Se consignan reducciones del 25 al 40 por 100 á favor de numerosos artículos de la producción é industrias yanquis, con lo cual casi por completo se cierra el mercado de Cuba á Europa y especialmente á España.

El tratado, como se ve, á quien principalmente beneficia es á los Estados Unidos. No obstante, el presidente Roosevelt adoptó la actitud que siempre toman en estos casos los políticos yanquis: la de protector del pueblo á quien pretenden explotar. Todo se había hecho en obsequio de Cuba. «El honor nacional—decía poco más ó menos en su discurso del 10 de noviembre—exige que los Estados Unidos hagan concesiones arancelarias á Cuba. Esta cumple fielmente sus compromisos con nosotros, lo que le da derecho á que la hagamos concesiones fiscales tan grandes como las que nos otorga. Como prueba de buena fe respecto á nuestra joven hermana, cuya suerte debe estar estrecha y eternamente unida á la de los Estados Unidos, debemos procurar su prosperidad, y al hacerlo así, nos ayudamos á nosotros mismos.»

La tal ayuda—mediante la cual los tejidos de toda clase, la maquinaria, los aguardientes, las conservas, los vidrios y cristales, el papel, el calzado, el jabón, el ganado, las harinas, el arroz, los vinos, etc., etcétera, disfrutaban del 25 al 40 por 100 de reducción en las aduanas de Cuba—bien valía la pena de otorgar á ésta la limosna del 20 por 100 en las aduanas de los Estados Unidos.

Ahora, en la isla, donde hay almacenadas grandes cantidades de azúcar, podrán hacerse buenas ventas; pero en los próximos años es muy de temer que los hechos den la razón á los que pedían mayor rebaja en beneficio del azúcar y el tabaco cubanos, como necesaria para poder competir en los Estados Unidos con el azúcar en ellos producido. En realidad, ni falta hace que los hechos confirmen ese temor. Seguramente, si fuera muy temible la competencia cu-

ba, los hacendados de la Luisiana y los remolacheros de los Estados del Oeste ya hubieran hallado medio de oponerse con mayor empuje, y no hubiese quedado reducida la oposición á 21 votos.

La dependencia económica de Cuba á los Estados Unidos que implica el tratado, dió motivo á que algunos senadores yanquis, con ocasión del debate, insistieran en la conveniencia para Cuba de pedir su ingreso entre los Estados de la Unión. La anexión, según Mr. Newlands, podría hacerse ahora en condiciones más ventajosas para los cubanos. Los 35 millones de pesos de la Deuda del empréstito se convertirían en bonos de los Estados Unidos. Puerto Rico podría ser una provincia del Estado de Cuba. Previendo que la anexión pudiese contrariar á los actuales funcionarios electivos de la isla, propuso que siguieran en sus cargos hasta la expiración de su mandato. La guardia rural se incorporaría al ejército de la Unión.

\* \*

En la República dominicana parecía que, bajo la presidencia de D. Alejandro Wos y Gil, iba á afianzarse el orden, y se esperaba que el nuevo presidente, bien conceptuado, lograría imponerse á los partidos políticos. Agobiado, no obstante, por las imposiciones de los yanquis, que no perdonaban medio de hacer efectivos los créditos que tenían á su favor por virtud de los contratos á que dió lugar el arreglo con la «Santo Domingo Improvement Company,» buscó el medio de substraer á su país de la acción preponderante de aquéllos, procurando que pudieran crearse intereses suficientemente poderosos para compensar ó equilibrar, por lo menos, la influencia que han llegado á ejercer allí los yanquis.

Como ya indicamos, proponíase decretar la absoluta neutralización de las aguas de la República y declarar puertos francos á Samaná y Manzanillo. De esta suerte—á condición, por supuesto, de garantizar la paz pública—Santo Domingo podría llegar á representar papel importantísimo en el comercio internacional, sobre todo si llega á abrirse el canal de Panamá y se desarrolla, en consecuencia, mayor movimiento marítimo entre Europa y el Pacífico.

Los Estados Unidos se opusieron, según ya también se dijo, al propósito de Wos y Gil, y los enemigos de éste no vacilaron en aprovechar la ocasión para derribarle del poder. Al gobierno de Washington no podía convenir que siguiera en él un hombre que reunía circunstancias de inteligencia y de carácter suficientes para robustecer las decaídas fuerzas de la República, y necesariamente vió con simpatía, y aun alentó, la rebelión. Los revolucionarios, en el manifiesto que dieron, acusaban á Wos de haber ideado el *antipatriótico* proyecto de neutralizar las aguas y los puertos de la República y de haber entablado negociaciones con una Compañía de navegación alemana para obtener un anticipo de los derechos de puerto que los buques de aquélla debían satisfacer durante cierto número de años. Lo antipatriótico, pues, era entenderse con empresas ó capitalistas europeos, fomentar relaciones con las principales plazas mercantiles de Europa, suscitar, en suma, competencias molestas y perjudiciales á los yanquis.

A fines de octubre los revolucionarios habían conseguido dominar en varias poblaciones. En Puerto Plata comandaba á los rebeldes el general Morales, de acuerdo, al parecer, con los ex presidentes Jiménez y Vázquez. Tomaron después á Santiago de los Caballeros, y pronto acometieron á la capital, que tras algunos días de brava resistencia tuvo que capitular.

Wos y Gil se embarcó en un buque extranjero, y el partido triunfante constituyó gobierno provisional, comprometiéndose con los ministros ó cónsules de España, Bélgica, Haití y Estados Unidos—que habían intervenido en la capitulación—á convocar el cuerpo electoral para elegir presidente en el plazo de tres meses. El nuevo gobierno debía quedar instalado el 27 de febrero de 1904.

Entretanto, el gobierno provisional que dirige el general Morales no disfruta tranquilamente del poder. El telégrafo nos transmitía en diciembre la noticia de que Jiménez, fiando poco de aquél, se hacía fuerte en Montecristi, y que en la zona del Sur imperaba con sus partidarios otro general.

\* \*

La Asamblea nacional de El Salvador ratificó ya el convenio pactado para el arreglo de la cuestión Burrell; mas no lo ha hecho sin protestar una vez más contra la injusticia de obligar á la República al pago de una cantidad que no debe

En uno de los considerandos del correspondiente

decreto legislativo, se declara que El Salvador accede á la injusta é ilegal reclamación en vista de la actitud oficial y hostil del gobierno yanqui, que ha mandado cumplir aquella sentencia inicua, y para evitar al país mayor humillación y más graves perjuicios. Y en el texto del decreto, en el artículo 4.º, se recomienda al Poder Ejecutivo que se dirija á los gobiernos de las Repúblicas latino-americanas, historiando ese escandaloso negocio, por medio de una exposición razonada de las causas que originaron la reclamación, de la conducta irregular y anómala de los jueces árbitros y la observada por el gobierno de los Estados Unidos, con la consiguiente protesta de la violación de los derechos de El Salvador, por si alguna vez puede reivindicarlos.

\* \*

En diciembre último había ya noticias más precisas de la actitud y propósitos de Colombia. Antes, los despachos recibidos de Panamá y Washington daban á entender que en algunos departamentos de aquella República se simpatizaba con la revolución de Panamá, y que los partidos políticos opuestos al gobierno de Bogotá preparaban nuevas agitaciones y desprendimientos. Ahora se sabe que aquéllos se han ofrecido incondicionalmente al gobierno, que hay unanimidad en la protesta contra los Estados Unidos, que se han abierto suscripciones públicas para los gastos de la guerra con los panameños y que se ha llamado á las armas á todos los hombres de diez y ocho á cincuenta años, á fin de elevar las fuerzas militares hasta 100.000 soldados.

Los yanquis también se aperciben en previsión de un conflicto, y sus buques de guerra van y vienen por las aguas próximas al istmo, desembarcan tropas y provisiones de boca y guerra, y ponen gran diligencia en vigilar los movimientos de las fuerzas colombianas. A mediados de diciembre algunas de éstas se hallaban acampadas al Oeste del río Atrato y en disposición de ir avanzando hacia Panamá.

Propónese Colombia agotar todos los recursos que puedan utilizarse para evitar la guerra. En París (Avenue Marceau, 61) se ha constituido un Centro para la defensa de los derechos é intereses de Colombia y para atraer hacia ese país las simpatías de Europa. Pretende hacer valer lo convenido por el tratado de 1846, y si esto no se logra, llevar la cuestión al Tribunal de La Haya. Iguales gestiones lleva á cabo el general Reyes en Washington.

Seguramente, las grandes potencias europeas han de hacer por Colombia lo mismo que por España hicieron en 1898. Toman por pretexto para no contrariar á los yanquis el interés que todos tienen en que se construya el canal interoceánico.

Mayor apoyo encuentra Reyes en los mismos Estados Unidos. Siempre los presidentes de esta República tuvieron más iniciativas y atribuciones que los monarcas constitucionales, y ahora, en los tiempos *imperiales* de Mackinley y Roosevelt, se usa y abusa de ellas en forma y términos no conocidos ni practicados antes. Le plugo al actual presidente que se hiciera el canal por Panamá, consideró preciso para ello arrebatar á Colombia ese territorio, y surgió la República del istmo.

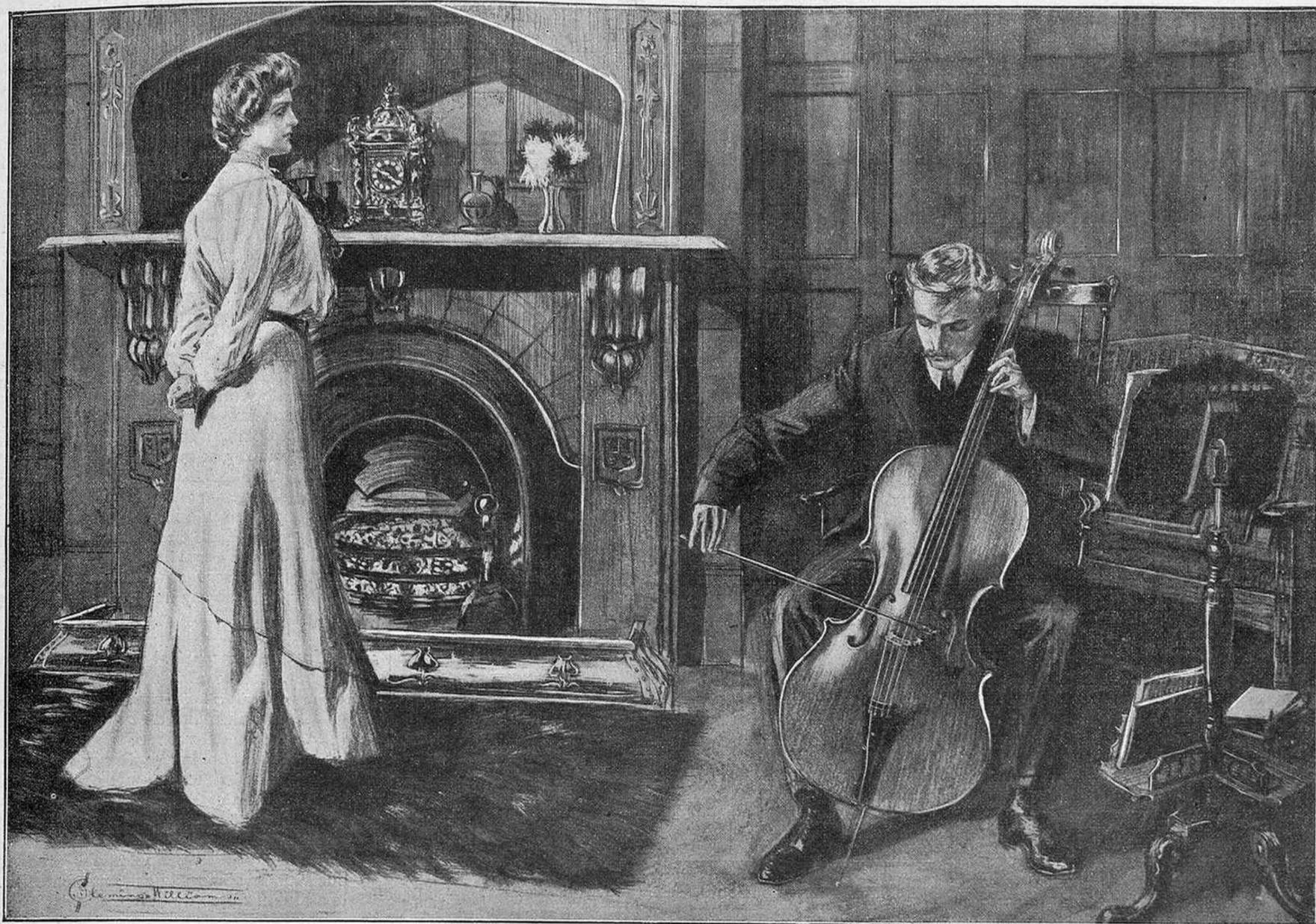
Al país y á las Cámaras no se dió cuenta de nada; todo se lo encontraron hecho. Por esto, las reclamaciones de Reyes tienen eco en la opinión, es decir, en la opinión de los adversarios políticos de Roosevelt, y los demócratas del Senado afirman que se han infringido el tratado de 1846, las leyes de neutralidad y los usos internacionales.

Impedir á Colombia que reprima la sedición del istmo es hacerle indirectamente la guerra, y el presidente carece de facultades para hacer la guerra á un país que está en paz con los Estados Unidos.

Entre los senadores del partido republicano hay también quien alza la voz contra el gobierno de Roosevelt, y declara que los Estados Unidos quieren el canal, «pero sin mengua para el honor de la nación.» Lo que aquél ha hecho deshonra á los Estados Unidos; es sentar el principio de que las Repúblicas hispano-americanas sólo poseen sus tierras hasta donde lo consienta el derecho de dominio eminente que sobre América se atribuyen los Estados Unidos.

Por esas razones, el nuevo tratado convenido por Hay y Varilla para la construcción del canal encuentra oposición en el Senado. Se pacta con los representantes de una provincia rebelde, á cuya rebelión ha contribuido la otra parte contratante. Si el canal conviene á los Estados Unidos, que se proceda—dicen—con menos hipocresía y doblez, y que se aneje el istmo á la Unión. Entonces, el presidente y la nación podrán hacer en lo suyo lo que mejor les cuadre.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Le escuchaba atenta, errorosa, gozando lo indecible

SU RIVAL, POR NOGUERAS OLLER

Era una pasión ferviente en que tomaban parte todas las potencias exageradamente sensibles de un alma. Así describo el amor de lady Hilda.

Dentro de la suavidad de su voz, vibraban todos los matices, todos los sonos de un himno de adoración, quieto y profundo. Y en la claridad de sus ojos soñolientos brotaban fosforescencias de un deseo inabordable.

Beber, beber continuamente frases balbucientes, aliento tibio, suspiros profundos; esto quería. Aspirar amor, bañarse, iluminarse de amor constantemente.

Su alma, fantástica é insaciable, habíase embebido en la luz del amor y estaba deslumbrada.

Miraba los ojos del esposo y no los veía. Su mirada, se hundía en las niñas y seguía hundiéndose, como si quisiera abrazarse y fundirse en la esencia del amado.

Era fuego que quería unirse á otro fuego para formar una sola llama.

Ese deseo inaccesible es lo que observé en el gesto de aquella adoradora.

Sir George Herbert, su marido, amaba más hondamente. Su amor no aburría, vivificaba.

Casi todas las noches se deslizaban para ellos igualmente tibias, con su monótona placidez.

Ignorando lo que es aburrirse gozaban plenamente de la noche; el silencio de las cosas les acercaba más.

¡Cómo amaban la noche! Sir Herbert tocaba admirablemente el violoncelo. Pero aquel hombre era un terrible é inconsciente egoísta. Hacía arte únicamente para exteriorizar todo lo sublime de su alma.

Su alma pertenecía por entero á Hilda, y la lady era el único ser que percibía por completo sus esplendentes manifestaciones. Le escuchaba atenta, fervorosa, gozando lo indecible.

Y él tocaba, tocaba intensamente, cada vez con mayor entusiasmo. Y acontecía una cosa extraordinaria: se inflamaba su frente, su nariz se endurecía y brillaba en sus ojos, algo más que la creación del autor, que interpretaba con dedos nerviosos, que alargaba y encogía, juntaba y separaba, sobre las cuerdas vibrantes. Iba y venía el arco, seguro de sí, lento ó rápido, saltando sobre las cuerdas como un atolondrado ó paseándose sobre ellas con la gravedad de un genio potente que despertara ayes profundos, gritos

y cantos de salvaje majestad. Y acontecía que aquel algo que flameaba en sus ojos encendía otra voluntad en el arco, y en los dedos incansables del artista, y el arco movido por un nuevo impulso, obedecía ciego sobre la caja de música, sin seguir en nada á la partitura, abierta inútilmente sobre el atril. ¡Creaba!

Hay seres en el mundo que, sin ser artistas, poseen el instinto de lo hermoso. Estos seres, estériles de fuerza creadora, dotados de una fantasía tremenda, arden en constante entusiasmo y su alma sumamente sensible percibe á veces, con más exaltación que un artista, el dolor ó la alegría más sutil, y á menudo, en su cerebro exaltado, toman cuerpo y carácter cosas inanimadas. Lady Hilda era uno de estos seres.

Cierta noche, sin duda en la que sir Herbert creaba con más fiebre y entusiasmo su más hermosa melodía, Hilda sintió nacer en las fibras de su alma una queja sorda y terrible. Un frío extraño apoderóse de ella, y el corazón, aquel corazón débil é impresionable, hizo un esfuerzo colosal para seguir latiendo.

Había sorprendido á su esposo completamente subyugado por la inspiración, envolviendo con una mirada intensa y acariciadora á su brillante caja de música, que vibraba en sus manos, dulce y apasionada, con voz de mujer...

¡Oh, sí!.. Aquella caja cobraba una vida extraña, incomprendible!.. Ya no sonaba como siempre; hacía lo que nunca; ¡hablaba!.., y la sonoridad de sus cuerdas era igual á la de una garganta femenina.

—No toques más, George, rogó débil y dolorosamente Hilda.

Era la primera vez que profería semejante frase y era también la primera en que sir Herbert no oía á su esposa.

Estaba absolutamente abstraído en su obra, la cabeza inclinada sobre el humanizado instrumento: sus dedos acariciaban las cuerdas, el arco arrancaba la vida y la voz, aquella prodigiosa, dulce y apasionada voz de mujer, crecía, intrusa, provocadora...

Lady Hilda levantóse para ocultar las lágrimas que le hinchaban los ojos. Andando levemente, se dirigió á la puerta.

—¿Te vas, Hilda? Levantóse el artista y la miró con ansia. Temía que se hallara enferma.

La mujer se abandonó en los brazos del esposo, sonriéndole en un profundo mirar de adorada.

¿Por qué razón, la mayoría de las veces, nuestro mayor enemigo debe nacer y morar en nosotros mismos?

He ahí, que es alma y sangre de nuestra sangre, y alma que conspira bárbaramente contra la propia felicidad.

Le confiamos nuestro espanto, nuestras dudas, desahogamos en llanto nuestras quimeras y pesadumbres, y él, que está oculto en la esencia de nuestro ser, lo recoge y abulta todo, convirtiéndolo en armas que pronto nos librarán combate, mientras nos embriaga de dolor para que seamos menos fuertes. ¡Con qué torpeza andamos equivocados!

Creemos conocer al enemigo, trazaríamos su nombre y sus líneas, abrimos con desmesura los ojos y juramos, por esta razón, que lo tenemos delante, iracundo, inflexible, levantando la mole que nos va á aplastar. Y sin embargo, muy á menudo, el enemigo no existe. No es más que un caso de espejismo que sobrecoge á nuestra alma insensata. La fantasía, con sus exaltaciones endémicas, cuida de dar relieve á la cosa, y la debilidad que nos acobarda, de hacerla invencible y cruel.

¡Ah, si en vez de abrir los ojos, cerrásemos los párpados para mirar adentro!..

Son muchos, infinitos los seres que contraen enfermedades y tristezas y dolores inauditos por echar en olvido tan gran remedio.

—¡He de morirme!, dicen. Y reúnen toda su fuerza para creer que deben morirse. La muerte estaba lejos, muy lejos; pero la llaman con tanto empeño, que al fin se acerca.

Era imprescindible que Hilda, por ser tan impresionable y aprensible y exagerada en todo, tuviera este carácter.

Así es que desde aquella noche que ella titulaba de *mi desgracia*, se consideraba la más infeliz de las mujeres. Y realmente, sobre su alma pesaba la más negra y cruel de las desdichas.

Afuera, en la realidad de las cosas, no ocurría nada; todo andaba igual que siempre.

El dolor, la tristeza, el único enemigo, estaba en ella y con ella. Era un drama profundo y oculto, que no trascendía en nada al exterior. Lady Hilda enflaquecía visiblemente; pero tenía la misma sonrisa, la misma suavidad de voz, aquel gesto de mujer feliz, amadora y amada.

Nadie, ni sir Herbert que leía tanto en sus ojos, dióse cuenta del cambio. Su cuidado mayor era el de ocultar su pesadumbre; creía firmemente que su deber consistía en no mortificar al esposo, y se esforzaba representando su papel como una actriz consumada. No obstante, el hecho de que sir George no adivinara sus tristezas, era para ella, que había soñado en la eterna y sublime fusión de sus almas, el más cruel de los desencantos. ¿No la amaba ya?

Hilda se hundía en lo acerbo, en lo desesperante. Lloraba á lágrima ardiente, y llamaba á la muerte lo mismo que si se hubiera desvanecido todo el encanto de su vida.

Tiraba de sus cabellos delirante, ó bien se pasaba horas con la mirada fija en la negra senda de su dolor tremendo; borracha de pena, extraviada la razón y el alma agonizando.

Desde aquella *noche maldita*, algo crecía y tomaba forma en su fantasía enferma, algo cruel, enorme y desconocido para ella, la asesinaba.

Poco tardó en conocer su enemigo. Sir Herbert tocaba con más fiebre é intensidad que nunca.

Eran muchos los días que robaba tiempo á sus negocios para consagrarlo á su arte. No interpretaba ya las creaciones de otros maestros: se interpretaba á sí mismo. Nervioso, abstraído completamente en la sensibilidad creadora de su alma, exteriorizaba sus profundas melodías.

Entregado de esta suerte á sus creaciones, hablaba con gran entusiasmo de su violoncelo. Y éste, hermoso y brillante, se abandonaba á la voluntad del artista como una esclava; diríais que absorbía el aliento de su dueño para que el alma de éste corriera por sus cuerdas con espasmos de gloria.

Y lady Hilda lo observaba, lo abultaba todo. Nació en ella, una profunda aversión para el violoncelo y poco después unos celos atroces la devoraban. Pues el violoncelo, aquella caja que vibraba al mismo son con el alma de su George, en su fantasía exaltada y enferma cobró un relieve extraordinario: vivía en ella, cual si fuera una mujer ligera y tenta-

dora que con voz dulce y pasional le robase al marido. Y aquella voz femenina, cada vez más humana,

y suave; brillando como la espuma de sublimes cascadas de notas luminosas, elevábase como un canto de plenitud de amor, delicioso y natural... Era un poema espléndido, de estío y felicidad; un himno fecundo de voces conocidas... Herbert é Hilda mecían al fruto del amor; se besaban y cantaban...

Pero Hilda nada trascendental hallaba en la obra; la odiaba secretamente, hasta que hallándose próxima á ser madre resonó en su espíritu como un grito de resurrección. Entonces aquellas voces brotaron claras y seguras como las suyas.

He dicho que nada trascendental hallaba en ella y la odiaba dominándose. Sonreía, sonreía mucho; pero ¡ah!.. que cuando sir Herbert bajaba la frente sobre la caja vibrante, aquella mujer herida en lo más hondo, erguida ante la elegante chimenea, cerraba los puños con fuerza, abría los ojos desmesuradamente y en su terrible inmovilidad algo destructor flameaba en sus pupilas azules.

Contemplaba á su rival y maldecía con labios cerrados y su maldición era más intensa.

¡Cuántas veces habíase inflamado de venganza al ausentarse su esposo! Cerraba las puertas y como una loca recorría las salas interiores. Sentábase en las butacas y en los sofás magníficos y sus uñas destrozaban la seda.

Por su cerebro ardiente, que amenazaba estallar, perfidiosa y horrible pasaba la idea del asesinato.

Un día, se acercó al violoncelo. Su rival, cuidadosamente abrigado en su funda de verde paño, dormía profundamente, como si soñara en las caricias de su dueño.

La despojó del vestido, tendida en el suelo, desnuda sobre la alfombra, y se sentó encima, haciendo fuerza, igual que si quisiera reventarla. La caja crujió sordamente y lady Hilda levantóse con espanto. Volvió á sentarse luego, y con ceño terrible miróla en el cuello, en aquel cuello largo y prodigioso que vibraba como una garganta femenina. Y le asaltó el deseo de destruirlo.

Hundiéronse sus dedos y tiraron con furor... Las cuerdas resistieron, pero sonó una, la más delgada, la que cantaba más dulce y tentadora...



La predilecta, cuadro de Luis Jiménez



Planchadoras sevillanas, cuadro de Ricardo Brugada



EL GENERAL VARA DE REY, grupo en bronce, obra del escultor Eduardo B. Alentorn,  
fundido en los talleres de los Sres. Masriera y Campins, que decora el monumento erigido en Ibiza

Estaba sentada Hilda en el extremo de la caja, de manera que á cada tirón levantábase y volvía á caer el cuello del violoncelo como si agonizando se estrechiera...

Hilda, furiosa y loca, dobló una rodilla sobre el pecho de la caja y tiró de nuevo desesperadamente..

Cedió la cuerda, al fin, profiriendo un grito desgarrador; rompióse, hiriendo y ensangrentando á Hilda en la articulación de los dedos.

Y la infeliz esposa de sir George Herbert huyó espantada, lívida, temblando como un asesino.

(Dibujo de F. Williams.)

Nordenskjold, que es un apasionado geólogo. El *Antartic* atravesó el estrecho que separa la isla de Joinville de la Tierra de Luis Felipe, y luego hizo rumbo hacia el Sur hasta el paralelo 66; mas habiéndoles opuesto allí los hielos un obstáculo insuperable, replegóse la expedición al Norte, no sin antes hacer numerosas observaciones oceanográficas (sondeos, mediciones de temperaturas á diversas profundidades, etc.)

Después, Nordenskjold, el doctor Bodman, M. Ekelof, el teniente Sobral y dos

y su excitación estaba hecha en términos tan elocuentes, que inmediatamente comenzaron los trabajos para la realización de aquella idea, decidiendo el gobierno destinar á esa expedición la corbeta *Uruguay*, que fué debidamente reformado para llevar á cabo aquella misión en las debidas condiciones.

El teniente de navío Julián Irizar, agregado naval



MONUMENTO Á D. VÍCTOR CHÁVARRI, obra del escultor Miguel Blay

### LA EXPEDICION NORDENSKJOLD.

Antes de relatar el salvamento y el regreso de la expedición Nordenskjold, que constituyen indudablemente el acontecimiento geográfico más importante del año pasado, creemos oportuno referir á grandes rasgos la historia de la misma.

Concebida y dirigida por el doctor Otón Nordenskjold, que se había rodeado de un brillante estado mayor científico, la expedición antártica sueca salía de Goeteborg en octubre de 1900 á bordo de un viejo buque ballenero, el *Antartic*, mandado por el capitán Larsen, uno de los más hábiles capitanes balleneros noruegos que precisamente había realizado un viaje á la región que Nordenskjold se proponía visitar, por lo cual parecía perfectamente indicado para el puesto que se le confiaba. En Buenos Aires uni6se á la expedición el Sr. Sobral, teniente de la armada argentina.

Después de una última escala en la isla de los Estados, en donde el gobierno argentino sostiene una estación meteorológica y magnética, hizose el *Antartic* á la mar, llegando en 11 de enero de 1901 á la vista del archipiélago de las Shetlandias meridionales, y después de pasar al Oeste de la isla Nelson, atravesó el estrecho de Bransfield y penetró en el canal de Orleans. Sin detenerse en aquellos lugares, los exploradores suecos navegaron hacia el Este de la Tierra de Luis Felipe, para precisar los descubrimientos realizados en aquella región y más hacia el Sur por Larsen durante su campaña ballenera antártica de 1893. Aquel era, en efecto, el principal objetivo de la expedición, y la isla de Seymour, en donde Larsen había reconocido la existencia de un yacimiento fosilífero, atraía especialmente la atención de

marineros desembarcaron en la costa Oeste de la isla Seymour y se instalaron en ella, al pie del Snow hill, á los 64° 30' de latitud Sur, para pasar allí el invierno.

Una vez establecida y aprovisionada aquella estación, el *Antartic* marchó á las islas Maluinias (Falklands) emprendiendo luego, bajo la dirección científica del doctor J. G. Anderson, que se había quedado á bordo, un crucero hacia Nueva Georgia del Sur, adonde se puede llegar en pleno invierno.

A principios del verano siguiente, es decir, á fines de 1902, el *Antartic* se dirigía á la estación de invierno para reembarcar á Nordenskjold y á sus compañeros, conviniéndose en que si en 15 de abril de 1903 no reaparecía la expedición en tierra habitada, habria motivo para inquietarse por su suerte y para organizar una expedición de socorro.

Ahora bien: pasó todo el mes de abril de 1903 sin que desde el extremo de la América meridional se anunciara el regreso del *Antartic*, lo que dió lugar á muy fundada alarma.

Varios generosos compatriotas de Nordenskjold reunieron en pocos días 50.000 coronas, y muy pronto el voto del Parlamento autorizó al gobierno para que tomara la iniciativa de la organización de una expedición de socorro. Poco después fletóse un ballenero, el *Frithjof*, cuyo mando fué confiado al capitán Gylden, de la marina real.

A su vez, la expedición antártica francesa que por aquel entonces se organizaba, inscribió al frente de su programa el salvamento de Nordenskjold.

Pero al lado de todos estos proyectos, surgió otro completamente inesperado.

El día 6 de mayo, el sabio director del Museo de La Plata, el doctor D. Francisco P. Moreno, hombre de grandes é inteligentes iniciativas, preconizaba en el diario *La Nación*, de Buenos Aires, la organización urgente de una expedición argentina de socorro;



LA FAMA, estatua que figura en el monumento á D. VÍCTOR CHÁVARRI, obra del escultor Miguel Blay, fundida en bronce por los Sres. Masiera y Campins

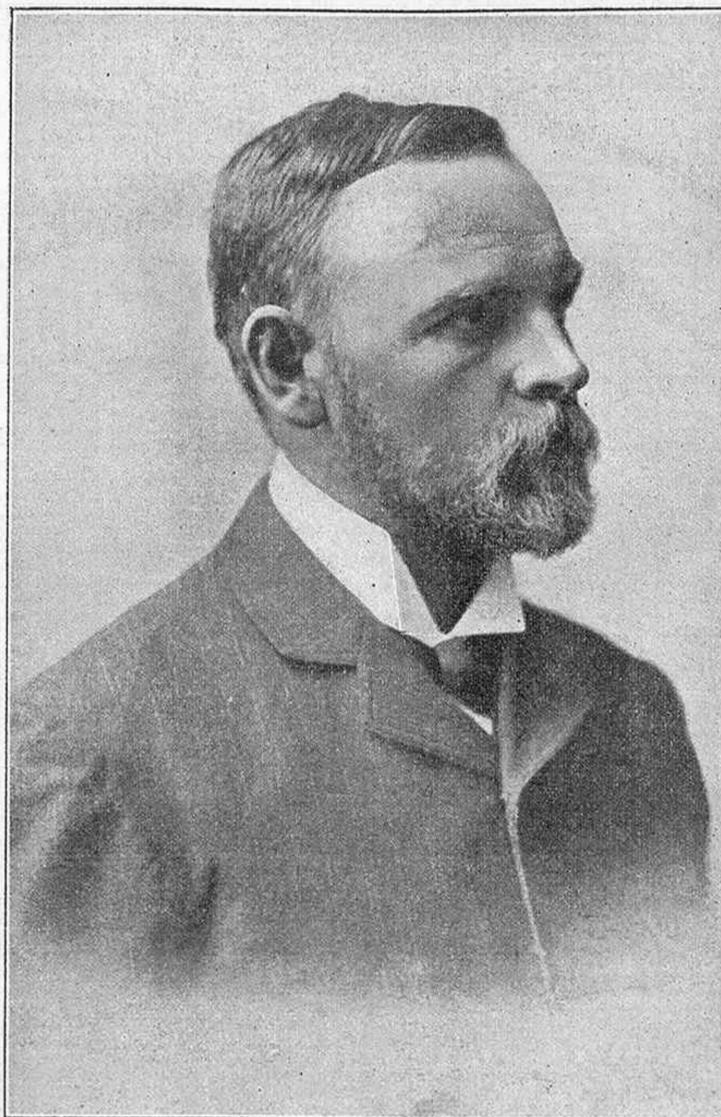
El cañonero argentino salió del dique, en donde había sido objeto de importantes transformaciones, y se hizo á la mar, saliendo de Buenos Aires el 8 de octubre; y seis semanas después, en 22 de noviembre, un telegrama anunciaba su feliz llegada á Santa Cruz (Patagonia austral), con todo el personal de la expedición antártica sueca, excepción hecha de un marino que había fallecido durante el invierno. Aquella noticia, que causó gran impresión en todo el mundo, determinó en toda la República Argentina una violenta explosión de alegría, que llegó materialmente al delirio cuando en 2 de diciembre último entró triunfalmente la *Uruguay* en el puerto de Buenos Aires.

La *Uruguay* había salido de la Tierra del Fuego en 1.º de noviembre y el día 6 llegaba sin novedad á la vista de la isla de Seymour; al día siguiente, dos grupos exploraron los alrededores, y el día 8 encontraron en la costa Sur de la isla á dos marineros suecos que habian ido allí á proveerse de huevos de ánaes silvestres en previsión del próximo invierno.

Guiados por aquellos hombres, cuya alegría fácilmente se comprenderá, el teniente Irizar y uno de los oficiales á sus órdenes se dirigieron por tierra á la estación de invierno, adonde llegaban casi al mismo tiempo que Larsen y en donde tuvieron la clave del misterio que desde hacía tantos meses tenia alarmados á los centros geográficos: el *Antartic* se había perdido, pero afortunadamente todos los exploradores estaban sanos y salvos, excepción hecha del marino Wenesgaard que, como hemos dicho, había fallecido durante el invierno anterior.

Desde el principio de su viaje de regreso á la isla Seymour, comprendió Larsen que para llevar á cabo su misión tendría que vencer muchísimas y grandes dificultades. El golfo Erebus-et-Terror estaba cubierto de hielos, razón por la cual decidieron los expedicionarios que el doctor Anderson, el teniente Duse y el marinero Grunden procurasen llegar por tierra á la estación de invernada para ponerse en contacto con Nordenskjöld y sus compañeros; á este efecto, los desembarcaron en la tierra de Luis Felipe, al Sur del monte Bransfield, entregándoles un trineo, varios *skis* y provisiones para tres ó cuatro semanas, y dejando un importante depósito de víveres en el sitio en donde los habían desembarcado. En aquel lugar debían reunirse los dos grupos Nordenskjöld y Anderson el día 10 de febrero, en el caso de que el *Antartic* no hubiese podido avistar la isla de Seymour. Entonces, también trataría de llegar allí el buque. Larsen prosiguió su navegación, pero el barco quedó muy pronto aprisionado entre los hielos y en 31 de diciembre de 1902 estaba definitivamente bloqueado, comenzando entonces para la pobre embarcación y para sus valerosos tripulantes una serie de pruebas terribles. La noche del 11 al 12 de febrero fué espantosa, y desde la mañana del 12 hubieron los expedicionarios de disponerse á abandonar el barco, que ya sólo por milagro se mantenía á flote.

Izóse la bandera nacional en el palo mayor y con la mayor sangre fría y en buen orden desembarcaron los exploradores en el hielo embarcaciones, víveres, tablas, etc.: á la una menos cuarto hundíase el *Antartic*, sepultándose en el mar cuyo nombre llevaba, á unas veinte millas al Sur de la isla Paulet. Larsen y los suyos trataron de llegar hasta la isla, para lograr lo cual hubieron de hacer esfuerzos sobrehumanos, atravesando los témpanos cargados con todos los víveres que habían de llevarse y con todos los materiales que habían de servirles para construir su cabaña de invierno. Después de una marcha lenta y penosa, llegaron por fin á la costa de la isla Paulet, en donde se instalaron como pudieron para pasar el invierno.



DR. OTTO NORDENSKJÖLD, el atrevido expedicionario polar

pasar los infortunados náufragos en la miserable choza de piedra que se habían construído. Como al abandonar el *Antartic* no habían podido llevar consigo más que una cantidad de víveres muy reducida, hubieron de alimentarse principalmente de carne de foca y de ánade. Allí fué donde murió el marinero Wenersgaard.

Anderson, por su parte, vióse obligado á invernar en la Tierra de Luis Felipe y no llegó al campamento de Snow-hill hasta el 16 de octubre, es decir, tres semanas antes de la llegada del teniente Irizar.

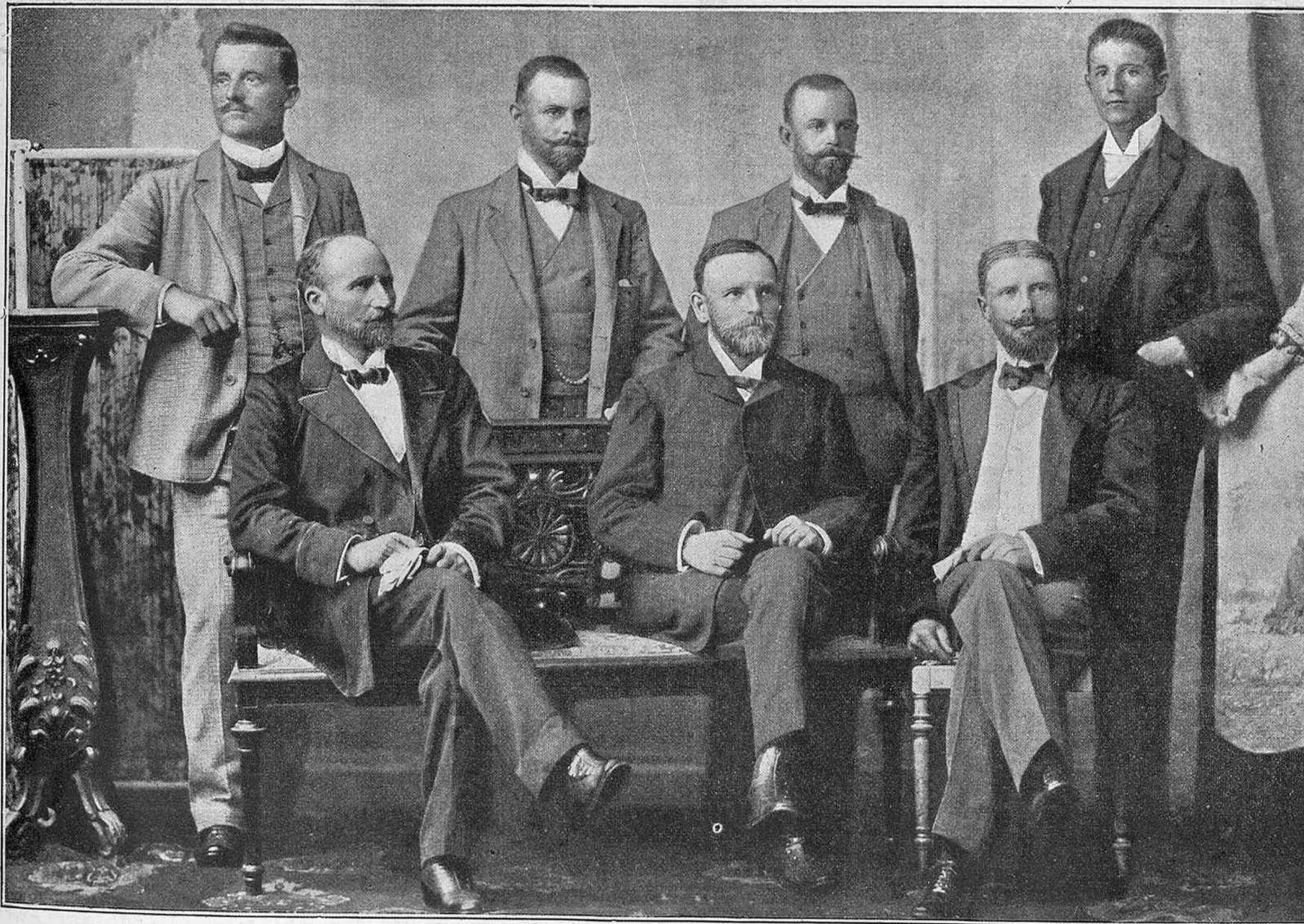
En la primavera, Larsen, acompañado de cinco hombres, emprendió la marcha por los témpanos y por tierra firme hacia la estación de invernada de Nordenskjöld, adonde llegó casi al mismo tiempo que los oficiales argentinos.

El 9 de noviembre Nordenskjöld y todos los hombres de su expedición, que entonces se hallaban reunidos en su campamento, embarcáronse en la *Uruguay*, y en la madrugada del 10 el cañonero argentino recogía á los náufragos de la isla Paulet.

La llegada de los intrépidos marinos argentinos al puerto de Buenos Aires á últimos de noviembre fué un verdadero acontecimiento al que se asociaron con telegramas de felicitaciones todos los países civilizados. Durante los días que permanecieron en la capital argentina los ilustres expedicionarios del *Antartic*, fueron cumplidamente agasajados, en particular el jefe de la arriesgada empresa científica, del sabio doctor Nordenskjöld, quien dió en el Politeama una conferencia importantísima, encaminada á demostrar el éxito indudable de la expedición. El 10 de diciembre, y á bordo del vapor alemán *Tijuca*, partieron con rumbo á Hamburgo los exploradores suecos, habiendo acudido á despedirles las primeras autoridades y las personalidades de mayor representación social, la oficialidad y la tripulación de la *Uruguay*, el cónsul de Suecia y Noruega

Sólo los que han invernado en las regiones polares en circunstancias más ó menos normales podrán formarse idea de los sufrimientos por que hubieron de

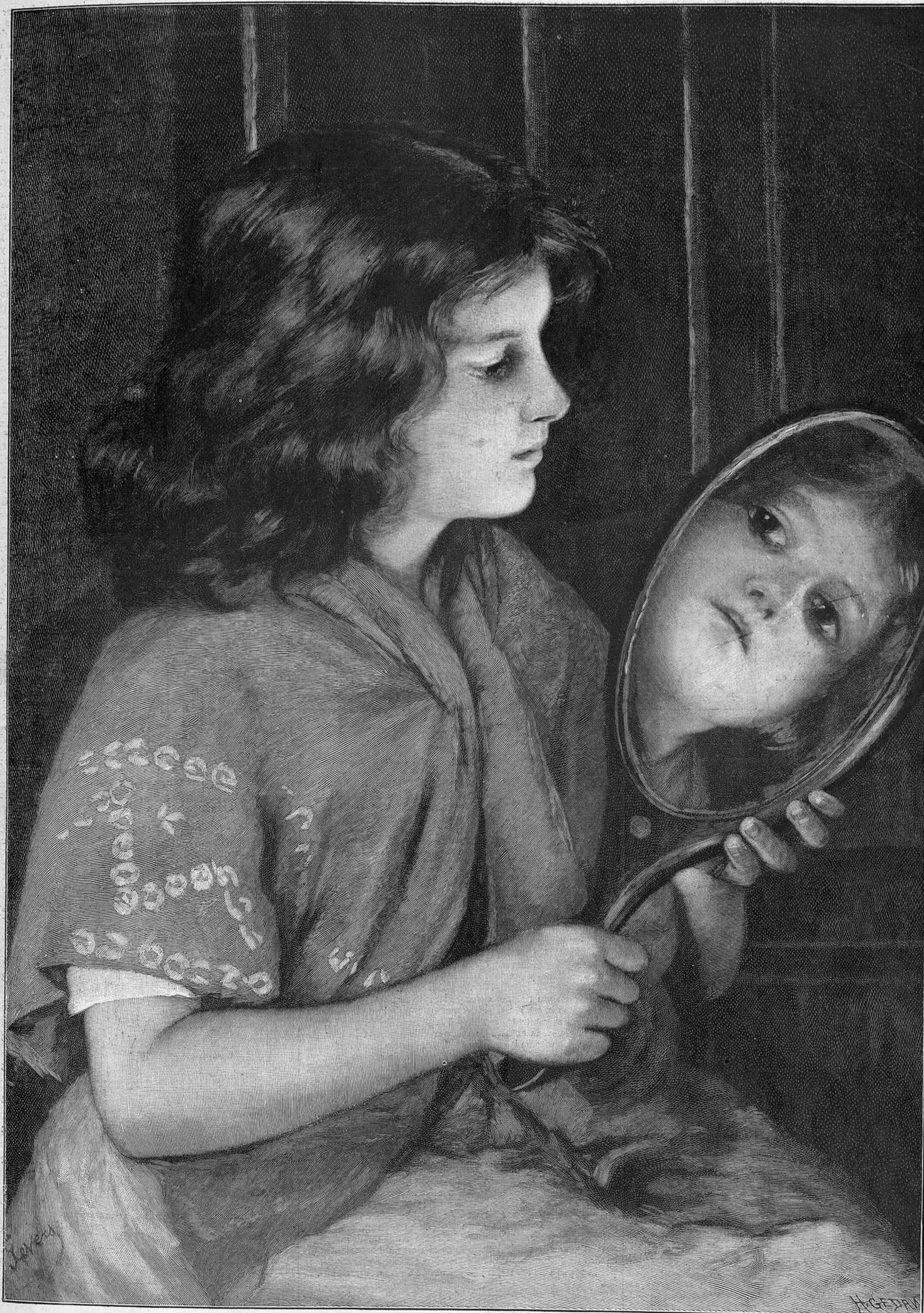
Sr. Christophersen, los miembros de la comisión popular, el Dr. Charcot, que se está disponiendo para una expedición semejante, y una multitud in-



MIEMBROS DE LA EXPEDICIÓN SUECA AL POLO SUR



SALIDA DE VISPÉRAS, cuadro de V. de Paredes



COQUETERIA INFANTIL, cuadro de Elena Gevers

mensa, que se estrujaba por despedir cariñosamente á los que han motivado que se escribiera una página de oro en el libro de honor de la Marina argentina. Nordenskjöld y sus compañeros de expedición llegaron el día 14 á Estocolmo, siendo objeto de una recepción brillante y entusiasta.

A pesar de la pérdida del *Antartic* y de los materiales científicos que con este barco se hundieron en el mar, la expedición antártica sueca, organizada con recursos limitados, habrá sido una de las más fecundas de cuantas han explorado el polo Sur.

Nordenskjöld y sus compañeros no se han concretado á acumular observaciones meteorológicas y magnéticas, sino que además traen indicaciones preciosas y numerosos materiales obtenidos en las varias expediciones que realizaron en canoa y en trineos á lo largo de las costas ó hacia el interior de la Tierra del rey Oscar II. Entre otros, han recogido en la Tierra de Luis Felipe y en la isla de Seymour muchos fósiles, de los cuales parece deducirse que esas tierras hoy cubiertas de nieve y de hielo y en donde la temperatura desciende á veces á 40° bajo cero, disfrutaban en otro tiempo de un clima menos rudo y estaban cubiertas de una hermosa vegetación.—S.

NUESTROS GRABADOS

**Retablo proyectado y ejecutado por Dionisio Renart.**—El hermoso retablo que reproducimos, obra del distinguido artista Dionisio Renart, adquirido por D. Fausto Dalmases para la capilla de Claut, es una de las obras de este género que honran á su autor, puesto que así la estructura general, como la pintura, dorado y elementos decorativos, revelan perfecto conocimiento de esta clase de producciones, inspirada en las de la mejor época.



Retablo, proyectado y ejecutado por Dionisio Renart. (Salón Parés.)

**La predilecta, cuadro de Luis Jiménez.**—Es Luis Jiménez uno de los artistas españoles contemporáneos que más universal y legítima fama han alcanzado, y esto es tanto más de admirar, ya que su actividad artística se dedica con igual fortuna á varios géneros completamente diversos, produciendo en todos ellos obras que bien puede aplicárseles el calificativo de notables. Sin salirnos de los cuadros que ha reproducido LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, recordamos en este momento cuatro ó cinco que con el que hoy publicamos justifican nuestro aserto: *El minué*, *La visita en una sala del hospital*, *Confesión amorosa* y *Las dos hermanas*. La elegancia y finura del primero truécanse en el segundo en concepción vigorosa para representar con trazos enérgicos una hermosa página de la escuela realista, y en los dos últimos se convierten en encantador idilio campestre, llenos de sentimiento é inspirados en el más puro naturalismo. Cuanto á *La predilecta*, es una bellísima nota que ha de agregarse al extenso catálogo que ha formado tan meritorio artista: aquel hermoso paisaje sembrado de plantas silvestres en el período de su florecencia, limitado en el fondo por espeso bosque en el que se destacan las dos figuras, respira esa poesía especial, ese encanto peculiar y distintivo de las producciones de un artista de valía, en cuya ejecutoria cuéntanse señalados é indiscutibles triunfos.

**Planchadoras sevillanas, cuadro de Ricardo Brugada.**—Bien puede envanecerse nuestro querido amigo Brugada de haber producido una nueva y bellísima página de su ya copiosa serie de cuadros de costumbres sevillanas. Ha poco tiempo nos cupo la suerte de reproducir su sentido cuadro titulado *Despedida*, que tan justamente llamó la atención en la última Exposición Nacional de Bellas Artes: hoy podemos dar á conocer á nuestros lectores otro lienzo, que retrata fidelísimamente un taller de planchadora en la reina del Guadalquivir. Las figuras hállanse bien agrupadas y dispuestas, y así en los pormenores como en el conjunto, adviñase el resultado de la observación y del estudio del artista, que ha logrado dar á su obra animación y vida y con ella la verdadera expresión del natural. Nuestros plácemes al amigo y al artista, así como la felicitación más cumplida.

**El general Vara de Rey, grupo en bronce, obra del escultor Eduardo B. Alentorn.**—Vivo está todavía el recuerdo del heroico esfuerzo de los valerosos soldados que intentaron repeler en las alturas del Caney el rudo ataque de los invasores de Santiago de Cuba. No se ha olvidado el cruento sacrificio realizado por aquel puñado de héroes y menos á su malogrado caudillo, el general Vara de Rey, que impuesto de la misión que se le confiara, tan alto ejemplo dió de patriotismo y de virtudes militares. España no podía en manera alguna permanecer indiferente ante el recuerdo de un hecho de ar-

mas que aun nuestros enemigos ensalzaron. Precisaba perpetuar su recuerdo, ofreciéndolo como ejemplo á la consideración de las venideras generaciones. De ahí el plausible proyecto de dedicar al infortunado general, que sacrificó su vida en aras de la patria y en cumplimiento de su deber, un monumento que hon-

rarse su memoria y la de sus compañeros. Ibiza podrá envanecerse con ser la guardadora del monumento, cuya ejecución ha sido confiada al inteligente escultor Sr. Alentorn, quien ha representado al héroe del Caney en la actitud de dirigir la defensa, resultando la figura enérgica y vigorosa, cual la situación reclama, y las dos figuras modeladas con amplitud, de tal suerte que entendemos es una de las obras que más honran al escultor catalán Sr. Alentorn. La fundición ha sido pulcramente ejecutada en los talleres de los Sres. Masriera y Campins, quienes han acreditado una vez más la importancia de su establecimiento, hoy perfectamente organizado para interpretar obras de tan reconocida valía.

**Monumento á D. Víctor Chávarri.—La Fama, obras de Miguel Blay.**—Recientemente nos cupo la suerte de reproducir en las páginas de esta Revista el magistral grupo constituido por las hermosas estatuas de un fundidor y un barrendero, que se destacan en uno de los frentes del panteón erigido en Portugalete para honrar la memoria del ilustre patriota D. Víctor Chávarri. Hoy, gracias también á la galantería del autor de tan notable obra, podemos dar á conocer á nuestros lectores la estatua de la Fama, que embellece otro de los frentes del monumento, representada por medio de una bellísima matrona en la actitud de coronar con laurel la inscripción en que se consignan las más importantes empresas realizadas por el ilustre bilbaíno, y otra general de dicho monumento, cuya solemne inauguración tuvo lugar el 23 de diciembre último. Bien puede envanecerse el distinguido escultor catalán Miguel Blay por haber ejecutado una obra de tan indiscutible mérito, que tiene el privilegio de obtener los unánimes aplausos de la crítica y que constituye la demostración evidente de su valía.

**Salida de vísperas, cuadro de V. de Paredes.**—Corresponde el cuadro del Sr. Paredes á un género especial que revela un período de producción artística. Durante él lograron singularizarse algunos de aquellos artistas que han alcanzado justísima celebridad, manifestándose dueños absolutos de la paleta como peritísimos coloristas. El pintor á que nos referimos podía figurar dignamente entre los que se distinguieron cultivando este género, puesto que admíranse en el cuadro circunstancias muy apreciables, entre ellas el deseo de representar un cuadro de costumbres de una época que tantos atractivos ofrece por la riqueza de los trajes y la brillantez de las coloraciones.

**Coquetería infantil, cuadro de Elena Gevers.**—La celebrada pintora alemana Elena Gevers, que tanto ha logrado distinguirse por sus cuadros de representaciones de niños, ofrece nueva ocasión de aplaudirla por la bonita y delicada

composición que reproducimos en estas páginas. Podrá ser trivial el asunto, pero atrae y seduce como todos aquellos que tienen por objetivo las representaciones infantiles. La actitud de la niña, su expresión y todos los elementos que constituyen la obra dan á conocer la inteligencia y habilidad de la artista, que bien merece figurar en primera línea entre las cultivadoras del arte pictórico.

**Paisaje, cuadro de José M. Marqués.**—Otra vez nos ofrece ocasión este distinguido pintor para ocuparnos de sus obras. Dos hermosos paisajes acuáticos acaba de producir, que han sido ventajosamente adquiridos por un inteligente coleccionista y que patentizan una vez más las cualidades que posee el artista. Uno y otro son dignos compañeros de los que reportaron al pintor catalán merecida nombradía, puesto que aparte de los efectos que determina su brillante paleta, avalóranse por esa vaguedad que les presta poético encanto y que revela el sentimiento que el artista imprime en sus producciones. Bien merece Marqués un aplauso y sin reserva se lo tributamos, haciendo votos para que prosiga por igual camino, en la seguridad de que ha de lograr, cual en años anteriores, honra y provecho.

**Teatros.**—El notable compositor Humperdinck, autor de la popular ópera *Hansel y Gretel*, cuya 200.<sup>a</sup> representación se ha verificado recientemente en el teatro Real de la Opera de Berlín, ha terminado una nueva obra, *El matrimonio por fuerza*, que se estrenará en el próximo otoño.

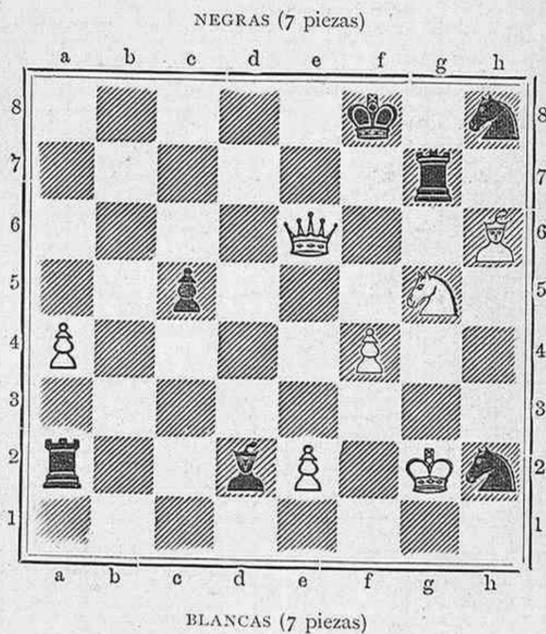
**Barcelona.**—Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *Pepita Reyes*, comedia en dos actos de los hermanos S. y J. Alvarez Quintero; y en el Principal *¡Que viene el cocol!*, comedia en dos actos de los Sres. Sánchez Calvo y Luque. En el Liceo ha dado tres representaciones el eminente tenor Alejandro Bonci, que ha cantado con gran aplauso las óperas de Donizetti *L'elisir d'amore* y *La Favorita*. En Novedades han dado dos conciertos la señora Pichot de Gay y el notable pianista suizo M. Cortot: la primera cantó admirablemente canciones de Haendel, Beethoven, Wagner, Brahms, Schubert, Schumann, Gay y algunas composiciones catalanas, que interpretó con una delicadeza, un sentimiento y un estilo incomparables, habiendo alcanzado entusiastas ovaciones. También obtuvo muchos aplausos M. Cortot, el

cual tocó con gran maestría el *Preludio y fuga*, de Bach; las *Variaciones en do menor*, de Beethoven; la *Leyenda* y la *Undécima Rapsodia*, de Liszt; la *Bercense*, de Chopin; las *Scenes d'enfant*, de Schumann, y *La muerte de Isolda* y el prelude de *Los maestros cantores*, de Wagner.

**Necrología.**—Ha fallecido: D. Urbano González Serrano, notable filósofo español, catedrático del Instituto de San Isidro de Madrid.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 350, POR S. LOYD.



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 349, POR E. FERBER.

- |            |               |
|------------|---------------|
| Blancas.   | Negras.       |
| 1. Dc3-e1  | 1. Cualquiera |
| 2. A mate. |               |



Remigio, entonces, sin vacilar, se levantó con un movimiento encantador...

## LA CONQUISTA

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

En aquel momento, Juan se había aparecido ante ella, con qué miradas..., con qué palabras... Y ella entonces se había, sin duda, desmayado.

Donald le dijo:

—Eres tú la que le ha salvado...

Y apoyando la frente en la mano de Valentina, se echó a llorar.

Valentina exclamó en un acceso de alegría inapreciable:

—¡Ah! Queridos míos... ¡Cuánto os quiero!

Así, pues, era cierto... Había hecho suyo á aquel niño, que era ya de los dos... Nada podía en adelante aminorar su dicha... Y Valentina se abandonaba á la paz deliciosa de aquella convalecencia de cuerpo y alma.

—Perdóname, dijo Juan; te estoy agitando y no conviene... No hablemos más... Quisiera que volvieses á dormirte.

Y el doctor miraba con un amor infinito aquella cabeza morena y pálida que se había agitado durante ocho días en la almohada con los espasmos de la fiebre, porque había pasado una semana entera. El contagio había respetado á Valentina y el doctor había podido atajar las consecuencias de aquella profunda conmoción nerviosa que la hizo caer quebrantada y perdida. Pero hacían falta todavía muchas precauciones. Juan repitió:

—Descansa... y bebe esto.

La enferma bebió dócilmente, pero dijo en tono suplicante:

—¡Oh! Juan..., quisiera verlos... Traeme á mi Juanito solamente un minuto...

—Juanito está durmiendo, querida, respondió el doctor.

Juan dijo aquellas palabras con firme tranquilidad

y después se volvió un poco para arreglar los pliegues de la cortina. Valentina le estaba mirando y su marido no podía soportar aquella mirada.

—Pero, dijo la madre, cogiéndole con mucho cuidado, ¿crees que se despertará?

¡Ah! ¡Si Juan hubiera podido imponerle silencio y no oírle hablar con aquella voz tan dulce y aquella cara llena de esperanza y de alegría!

Donald tuvo que responder otra vez:

—No, acaso no se despertara..., pero debes ser razonable... Temo que no sea prudente sacarle de la cuna... Hace casi frío esta noche... El tiempo ha cambiado mucho en ocho días...

—¡Ah!., dijo Valentina.

Y volviéndose hacia la pared añadió:

—Tienes razón; voy á tratar de dormir... Vete; yo te llamaré.

Juan se dirigía hacia la puerta y la enferma le llamó:

—Dame un beso, le dijo.

El marido volvió, y cuando hubo besado en la frente á Valentina, dijo ésta:

—Bésalos en mi nombre en tanto que yo no puedo hacerlo...

Juan dijo sí con la cabeza, salió por fin, y en cuanto cerró la puerta se apoyó un momento en la pared como si le acometiese un vértigo...

Valentina no podía dormir. «Hace casi frío; el tiempo ha cambiado mucho en ocho días,» repetía. Sí, mucho debía de haber cambiado, pues hasta en su cuarto bien cerrado, en su cama tibia y en la atmósfera dulce de la casa, sentía que ese frío súbito y precoz se apoderaba de su corazón. Aquel corazón, hace un momento consolado y caldeado por una es-

pecie de florescencia, parecía que se helaba al contacto de una nieve oculta.

La enferma esperó mucho tiempo, con el propósito de oír algo. La casa estaba perfectamente tranquila. De la pieza próxima venía un ligero rumor, compuesto de las voces de Juan y de Remigio, que hablaban bajito para no incomodarla. Pero no oyó ningún eco de lo que más deseaba. Conocía muy bien el ruido de la puerta del cuarto en que estaba su hijo; aquella puerta rechinaba siempre un poco y el picaporte, al cerrarse, producía un pequeño ruido seco. Ni una vez se abrió ni se cerró. «Se conoce que pasan aún por el otro lado, pensó Valentina, pues en dos horas han debido ir á ver al niño.»

Cuando abría los ojos los posaba en cosas familiares.

Las paredes estaban tapizadas de una tela persa gris y rosa con medallones y guirnalda. Ella misma la había colocado entre unas medias cañas de cobre dorado. Pálidos rayos de sol proyectaban su luz sobre los sencillos muebles de fresno claro, á través de los cristales velados con visillos de tul. Una rama de acacia, ya casi deshojada, sacudía su fina lluvia en los cristales al mecerse lentamente.

De todas aquellas cosas se desprendía una paz que recordaba los días felices.

Valentina cerraba los ojos, con la voluntad intensa de ser razonable y de dormir. Pero entonces veía claramente en la imaginación al niño dormido, como le había visto la última vez, con los colores de la fiebre confundiendo con los de la salud, con su carita adelgazada, pero todavía redonda, con la frente ancha y envuelta en las oleadas de oro del cabello, que parecía de seda deshinchada, y con la señal apenas indicada de unas cejas de fina pelusilla. «Una minia-

tura,» como dice de los niños bonitos la gente del pueblo.

Un niño se transforma muy de prisa y ocho días son un largo plazo en esa edad. Valentina pensaba que seguramente iba a encontrarle cambiado.

De repente, no pudo contenerse; tenía que verle en seguida... Quiso primero llamar a Juan e insistir en que se lo trajese o la llevase a ella a verle.

Pero por fin se decidió a ir sola. Era una locura sin duda, y hubo un momento en que estuvo a punto de contenerla la idea de que Juan se iba a enfadar. Pero experimentó de pronto con más intensidad aquella sensación de frío en el corazón y sintió que era precisa, para disiparla, la vista de aquella cuna que la esperaba tan cerca. Por otra parte, todo se hacía en un segundo: ver a Juanito, darle un beso y volverse en seguida a descansar, para ser ya siempre más razonable.

Muy débil y vacilante, pero sostenida por su idea fija, se envuelve en un peinador de franela blanca, pone toda su astucia en no hacer más ruido que un ratoncillo y atraviesa el descanso de la escalera con un ligero escalofrío, pero con una sonrisa incierta y casi temerosa.

Abre la puerta de enfrente, que rechina como siempre y cuyo picaporte hace su ruido acostumbrado, y de repente la sonrisa muere en la cara de Valentina.

En el cuarto no hay nadie, pero en un rincón, en el fondo, ve una cosa horrible: la cuna tapada, completamente tapada. Las cortinas de tul y el lazo blanco que la adornaban están doblados al lado sobre una mesa... La cuna está vacía...

Valentina oye correr detrás de ella y no puede volverse. Un brazo la rodea y la sostiene. La pobre madre no tiene fuerza para moverse ni para llorar, y dice solamente muy bajo, moviendo la cabeza:

—¡Mi niño..., mi niño... ha muerto!..

Era verdad. Cuatro días antes, una convulsión se lo había llevado al cielo.

## SEGUNDA PARTE

### I

#### CÓMO SE ENCUENTRAN LAS PERSONAS

Una pequeña hada; el hada *Crisantema*, envuelta en un vestido de seda de color de rosa festoneada y en cada festón rizos de seda y pluma, con aquellos hombros tan finos y de una delgadez exquisita de juventud, y aquellos bracitos menudos en sus mangas perdidas; con aquel talle ligero ceñido de una cinta amarilla y blanca, arrugada y formando dos enormes lazos delante y detrás, que figuraban el corazón de la flor; tal resultaba aquella niña casi fantástica, como una acuarela ideal escapada del más maravilloso y más japonés de los abanicos.

Su cara deliciosa y blanca, bajo el oro del cabello rizado y entrelazado con los pétalos de una gran flor, parecía el alma misma de aquel crisantemo extraño, fresco y adorable. Estaba sentada e inmóvil y tenía bien cruzados los dos piecitos, en los que se ostentaban, como enormes pompones, sobre los zapatos de seda verde, dos crisantemos. Tenía en la mano otra flor igual de largo tallo, y esto le daba un aspecto tan poético y melancólico, que todo el mundo la miraba y hablaba de ella a la dueña de la casa, la baronesa de Cilly.

—¿Quién es?

—¿Cómo! ¿No la conocen ustedes? Es la hija de Allire..., ya saben ustedes, el banquero...

—¡Ah! Sí, sí...

Porque si no conocían a Colette, todo el mundo había encontrado en todas partes a la señora de Allire. De este modo, Colette, que era hada aquella noche, resultaba igualmente reina; pero ella no parecía notarlo.

Había muchas lindas criaturas e ingeniosos disfraces en aquella fiesta tradicional de la baronesa de Cilly. El día 6 de enero, la baronesa reunía en sus salones la más tierna juventud de sus numerosos amigos, desde tres años a diez y siete. Había allí niños pequeños, que parecían salir de un libro de estampas, y primaveras de gracia casi de mujer, como la de Colette: quince años. Colette miraba con ojos más asombrados que divertidos aquel conjunto abigarrado, aquella orgía de colores, aquel vértigo de movimientos; en el que se confundían en armónico conjunto los cascabeles dorados de los Polichinelas, el blanco deslumbrador de los Pierrots, los sables de madera de los Arlequines, los cetros de oro de las Reinas y las medias lunas de plata de las Noches.

Colette sentía intensamente la armonía de los tonos y saboreaba aquel cuadro como si fuese un fresco alegre y atrevido.

De repente, una plácida sonrisa levantó las lindas comisuras de sus rojos labios al ver pasar dos preciosas niñas gemelas, de unos seis años, deliciosamente vestidas de gatitas, con su cabeza felina a guisa de sombrero, su larga cola y sus garras sonrosadas a modo de suaves guantes.

Marqueses, pajes y hasta reyes se acercaban con seriedad cómica al hada *Crisantema* y ensayaban el arte complicado de la galantería mundana, con frases estereotipadas y una cierta expresión de indiferencia que debía de ser copiada de sus hermanos mayores, ya gastados en bailes y fiestas.

Y aunque la sencilla y linda Colette fuese una personilla nada gastada, respondía en el mismo tono, y al echar a andar seriamente del brazo de un caballero, miraba con sorpresa, y acaso con envidia, las caras sonrosadas y vivas y los movimientos desordenados de los más pequeños. La niña conocía a todo el mundo y había entre ella y sus camaradas los lazos de la costumbre; pero, en realidad, no encontraba nada que decirles para que no fuese siempre lo mismo. Un instinto de observación precoz y justa le hacía encontrar ridículas las frases de Raúl de Sanvray, por ejemplo, que a los quince años hablaba de carreras y de caballos como un *sportman* hecho y derecho.

Colette le respondió brevemente:

—No me gustan las carreras y nunca voy.

Y desde entonces, el joven Raúl no supo ya qué decir. Sin embargo, en el grupo, ya numeroso, de sus admiradores, había dos que le interesaban más: uno era Luis Mollier, hijo de un compositor bastante célebre que había consagrado la infancia de Luis al estudio encarnizado de la música. A los diez y seis años tocaba el muchacho con igual talento el piano y el violín. Era alto, de rostro pálido y pensativo, y hablaba despacio. El otro se contentaba con ser encantador, pero lo era como un querubín. Evidentemente nacido para hacerse adorar, el joven Adolfo de Fresuire tenía, a los catorce años, una gracia enteramente desusada en esa edad ingrata.

Aquella noche, con su traje de abate de corte, y de una corte italiana, muy «renacimiento» y enteramente «vuelillos de encaje», estaba Adolfo adorable, y no abandonaba al hada *Crisantema*, la cual, más mujer que hada, acabó por deshacerse enteramente ante aquellas maneras y aquel cortejo divertido, y por preferir el lindo abate de cara y alma de querubín, a los discursos un poco pesados del joven Luis sobre la música de Wagner.

La sonrisa pone tonos de rosa en las caras más paliduchas de quince años, y Colette tenía el color cada vez más sonrosado y el aire cada vez más crisantemo, en el vuelo de sus sayas rizadas, a medida que la velada iba avanzando. Con la agitación del baile, había perdido uno de los pompones de los zapatos y roto el tallo de la flor que llevaba en la mano; y el joven abate se había adornado audazmente el alzacuello con aquella flor. En aquel momento se parecía Colette a la pequeña niña que corría en otro tiempo con Remigio por las praderas, jugando «a los salvajes.»

En un momento en que se sentó, por fin, para respirar y arreglar un poco los bullones del vestido, oyó que le decían dulcemente:

—¿Colette! ¿No me conoce usted ya?

La joven levantó la vista y vio delante de ella un muchacho de cara singularmente fina y dulce. Llevaba un traje negro ajustado que sentaba muy bien a su cuerpo largo, flexible y nervioso. El jubón, bordado de marta, se abría sobre una gola de viejo encaje. Tenía en la cabeza un birrete de terciopelo negro echado hacia atrás sobre el cabello castaño cortado en línea recta en la frente y rizado en redondo alrededor del cuello. Colette le miró haciendo un esfuerzo de memoria y le reconoció de repente.

—¿Remigio!, exclamó.

Y añadió vivamente, haciéndole sitio a su lado:

—¡Oh! ¡Cuánto me alegro!.. ¿Pero qué es de usted? ¡Y decir que hace tanto tiempo que no nos hemos visto!.. ¡Oh! Remigio...

Colette repetía ese nombre con visible y franca alegría. Remigio se sentó. Y de repente, al volverse a mirar, los dos se callaron, como poseídos de cierta sorpresa, de cierto malestar, al encontrarse tan crecidos y tan diferentes...

Un poco separados y muy curiosos, los adoradores de Colette miraban con extrañeza a aquel recién venido, extraño a su círculo, que los suplantaba brusca y completamente. Porque era evidente que ellos no existían ya para el hada *Crisantema*, de corazón tierno y fiel, que había encontrado en Remigio Donald toda una época de la niñez, luminosa en su memoria. Remigio le dijo:

—Yo la he conocido a usted en seguida.

—¿Sí?.. Pues, sin embargo, he cambiado mucho. ¡He crecido tanto!

—Yo también he crecido, respondió el muchacho irguiéndose y ensanchando los hombros.

Colette repetía riéndose:

—¡Qué contenta estoy!.. ¡Pero qué contenta! No puede usted imaginárselo... Porque no le he olvidado a usted, ni a mamá Valentina... ¡Ah! ¡Cuántas veces he querido ir a verla o escribirle!.. Pero nunca me he atrevido..., sabe usted..., a causa del pobre niño... ¡Tuvo tanta pena! Y acaso le hubiera hecho mal efecto el verme...

Colette dijo esto muy bajo y con un acento sentimental y sincero.

—Al contrario, respondió Remigio en el mismo tono; creo que hubiera tenido un placer.

Y los dos jóvenes volvieron a quedarse en silencio. En medio de la animación y de la ruidosa locura del baile, los dos sentían con gozo revivir y caldearse su antiguo y gran cariño de niños en una misma atmósfera de recuerdos.

Colette fué la primera en reanudar el diálogo.

—Es chistoso, ¿verdad?, que se pueda vivir en París sin encontrarse nunca.

—Es que nosotros no hemos vivido siempre en París, sino que hemos viajado. En la primavera del año en que nos conocimos, mi padre, tuvo que ir a Berlín a un congreso médico, y nos llevó a mamá y a mí. Después, pasamos el verano en Ischl, en Austria. Estuvimos luego algún tiempo en París, pero al año siguiente pasé yo seis meses en Inglaterra.

—¿Solo?

—En casa de unos amigos de mi padre, donde había varios muchachos. Estaba allí bastante contento.

—¡Oh! Pero, con todo, estar solo lejos de su casa y de su país debe de ser triste...

La sensible Colette no admitía muy bien esos trasplantes, pues si bien su casa no tenía mucho de un hogar y su país no estaba representado más que por la agitación perpetua de París o por las perspectivas, siempre iguales, de las eternas estaciones de aguas elegidas por una moda invariable, la niña se sentía unida a todo eso por mil lazos del corazón.

Remigio no se atrevió a confesar a aquella dulce niña que había sido una cierta recrudescencia de su mal carácter lo que decidió entonces a su padre a tenerle alejado por algún tiempo.

Colette preguntó:

—Pero esta noche, ¿con quién ha venido usted?

—Solo... Mamá sale muy poco. Quería, sin embargo, venir; pero se lo ha impedido papá, porque la necesitaba para ayudarlo a corregir las pruebas de su libro. Sí, papá ha escrito un libro muy hermoso... No lo he leído todavía, pero sé que es muy hermoso... Ha trabajado en él años y años y ahora lo va a publicar. Pero le da todavía mucho trabajo, porque hay que hacer mil correcciones y...

Colette hizo signos afirmativos con aire convencido, seria y respetuosamente; pero, a decir verdad, no comprendía gran cosa de todos aquellos términos del oficio de escritor.

Remigio añadió:

—Mi padre tenía empeño en que yo viniese... Conoce mucho a la señora de Cilly... ¡Y yo que no quería venir! ¡No la hubiese encontrado a usted!

—¡Calla! Como yo... Yo no quería tampoco salir... Me aburre mucho el ir a todas partes...

—¡Y a mí!

Los dos se miraron sonriendo y encantados. Como en otro tiempo, cuando su primera entrevista a través del seto medianero de sus jardines, reconocían entre ellos importantes puntos de simpatía.

Pero la multitud invadía su retiro y la baronesa de Cilly los había descubierto.

—¿Cómo! ¿Os conocíais? ¡Magnífico! ¡Ea! Vamos a cenar. Es la hora de los reyes.

Y llena de animación, la dueña de la casa organizaba en grupos y en parejas a sus convidados. Con su cabello enteramente blanco, su cara redonda y colorada y su alta estatura, la baronesa quería a toda costa que todo el mundo se divirtiese en su casa y lo conseguía siempre, gracias a su tacto y a su buen gusto.

De una rápida ojeada observó el acuerdo que existía entre el hada *Crisantema* y el joven señor del Renacimiento, y los puso juntos, encantada al ver la armoniosa pareja que formaban Colette y Remigio se encontraron, pues, del brazo para ir a cenar, y después, sentados juntos a la mesa.

Innumerables bujías, una profusión de rosas, anchos lazos de seda clara en los ángulos de la mesa y muchas frutas en el cestillo de mimbres dorados; tal era el decorado exquisito para aquel pueblo de caballeros y de pastores de todas las épocas y de todas las fantasías, que después de empujarse con mil saltos y risotadas, acabó por instalarse.

Una colosal torta dorada, hinchada y reluciente, fué depositada solemnemente en el centro de la mesa

y produjo una impresión de relativo silencio. En la presidencia había vacías dos altas sillas de terciopelo rojo con franjas doradas para el futuro rey y la futura reina, pues la baronesa quería conservar ese aparato y esa etiqueta de la fiesta tradicional.

Todos los ojos iban alternativamente de aquellos tronos de una hora á la misteriosa torta, y cada cual preparándose á ser el favorecido, hacía de antemano su elección y formulaba el edicto de feliz advenimiento que reclamarían de él después del brindis de honor.

Solamente, acaso, Colette y Remigio no pensaban en aquellas niñerías. Se divertían, sí, con todo su corazón, pero no veían ni oían más que á ellos mismos y hablaban de prisa ahora, recordando mil detalles del estío ya lejano. Los dos recibieron, pues, con cierta indiferencia su parte del hojaldre; pero, de pronto, Remigio hizo un gesto.

—¡Ay!

—¿Qué?

El joven había mordido el haba de porcelana y se la enseñó sonriendo á Colette. Después dijo en alta voz:

—¡Yo la tengo!

Todos prorrumpieron en aclamaciones y en gritos de envidia, y hubo pequeñuelos que lloraron. Por fin, la baronesa, que estaba en pie detrás de los dos sitios vacíos, dijo al agraciado:

—Pues bien, elija usted su reina.

Remigio, entonces, sin vacilar, se levantó con un movimiento encantador, se inclinó hacia su vecina, le cogió ambas manos, y volviéndose hacia la mesa, la presentó sonriendo.

El pobre abate de corte, que estaba meditando un desquite brillante, sintió el corazón mordido por la envidia; pero tuvo que poner buena cara ante aquel doloroso espectáculo.

Entretanto, el rey Remigio y la reina Colette, lejos de apreciar su triunfo, encontraban desolador que el fausto de su repentino poder hubiera interrumpido su charla.

Colette, coronada con una diadema de perlas, tomó en seguida cierta expresión de cansancio enteramente real, pero Remigio sufría inconscientemente el encanto pueril de la envidiada dominación y se alegraba de que la fortuna le hubiera permitido proclamar reina á la amiga escogida hacía tanto tiempo.

—Ahora, el rey debe dictar su ley., dijo la baronesa en el momento en que el festín terminaba en un alegre desorden.

Remigio, que conservaba todavía timideces nerviosas de hijo único y delicado, se ruborizó ligeramente.

¿Qué debía decir?

Los súbditos esperaban... y él se irritaba contra sí mismo al ver que le habían cogido de improviso. Pero oyó á su lado que la voz de su reina murmuraba:

—Diles: «Quiero que todo el mundo se ame y sea dichoso.»

Y dócilmente repitió el rey:

—Quiero que todo el mundo se ame y sea dichoso

Deseo temerario y encantador, ley inaplicable por excelencia, pero cuya promulgación tuvo un éxito loco, como todas las bellas y cándidas utopías.

\* \* \*

—¿Eres tú, Remigio?

Valentina salió al encuentro del joven.

—¿Cómo! ¿Todavía no estáis acostados?.. ¿Pues qué hora es?

—Van á dar las dos. Estamos trabajando. Ven por aquí. ¿Te has divertido? ¿No estás muy cansado?

—¡Oh, no!, exclamó Remigio con los ojos brillantes. ¿A que no sabéis á quién he encontrado?.. ¡A Colette! Yo he sido el rey y ella la reina, naturalmente. Y luego...

Entraron en el despacho del doctor, que levantó la cabeza, apartó los papeles y se volvió hacia su hijo, al que Valentina estaba quitando el abrigo y abrazando tiernamente. Y los dos, él y ella, miraron con sonrisa de orgullo á su hijo. Remigio parecía hecho para llevar aquel traje de discreta elegancia. La animación de la fiesta hacía brillar sus ojos llenos de inteligencia é iluminaba aquella fina cara de adolescente. Tenía tanta prisa por contarle todo, que embrollaba los detalles de los sucesos recientes.

—¡Mi pequeña Colette!, dijo Valentina ¡Cómo me alegraría de volverla á ver!

—Sí, mamá, ¿no es verdad? Pero vendrá; me lo ha prometido. ¡Si vieras qué alta está! Está casi tan alta como yo, y yo casi tanto como tú.

Remigio se levantó, obligó á Valentina á levantarse también y ambos se pusieron juntos delante del espejo. El joven decía la verdad. Si no hubiera habido entre ellos tanta semejanza en la expresión, en

el tono del cutis y en el color del cabello, se los hubiera tomado por hermanos, tan bien se conservaba la juventud de Valentina. Solamente sus ojos se habían velado un poco por los insomnios y las lágrimas.

Aquella noche le costó trabajo dormirse á Remigio, y cuando al fin lo consiguió, vió mil pequeñas hadas Crisantemas bailando alrededor suyo una danza loca.

Por la mañana tenía mucho dolor de cabeza y una especie de tristeza vaga. Dos compañeros fueron á verle á la salida del liceo para saber por qué no había ido á clase, y aunque Remigio no quería hablar de Colette, no pudo contenerse, y al contar los detalles de la fiesta, describió con lirismo la persona de la reina.

Pero ocurrió que uno de los amigos la conocía.

—¿La pequeña Allire? Sí, mi padre está en relaciones de negocios con el suyo...

A Remigio le chocó en su interior aquella familiaridad: «¡La pequeña Allire!», y se calló brusca y torpemente, porque los dos muchachos notaron aquel cambio repentino y empezaron á darle broma sobre su «pasión.» Remigio, poco paciente, montó en cólera, lo que no arregló las cosas, y los dos amigos, muchachos sencillos, algo ordinarios y desprovistos de sensibilidad—de delicadeza, según Remigio—se marcharon sin enfadarse. Una vez solo, Remigio pensó en su lastimosa actitud y se encontró miserable. Sentía vivamente haber hablado. Aquellos groseros muchachos le echaban á perder la imagen ideal de su hada, de su reina, á la que ellos se permitían llamar «la pequeña Allire.» Hubiera llorado por haberse defendido tan mal, porque por un impulso de su alma tan absurdo como común, quería con entusiasmo á la imagen de Colette y deseaba á toda costa ocultar aquel sentimiento á los demás. Al considerar el triste programa del día siguiente y de los demás días, Remigio se encontraba profundamente hastiado de la vida.

Ir á clase, estudiar, ¡qué menguada suerte! Aunque muy inteligente, no era todavía capaz de comprender la necesidad de los estudios metódicos y tenía horror á las clases del liceo, á que su padre le hacía asistir, aunque no aprobase enteramente su régimen, para que se acostumbrase á tratar con la ruda humaridad, que se encuentra allí representada como en boceto.

En aquel corto crepúsculo de invierno, Remigio, que tenía imaginación, deseó ardientemente vivir en un país suntuoso y estar siempre vestido con su sombrero y elegante traje de la noche anterior, entre exquisitas y adornadas damas; pasearse por salones dorados y por jardines poblados de estatuas de mármol y de saltos de agua, y pasar la vida declamando versos, cantando canciones, sonriendo y suspirando...

A falta de tales sueños, se hubiera contentado con la realidad de la noche anterior; pero la baronesa de Cilly no daba diariamente sus recepciones. Remigio, que no había sido hasta la fecha muy aficionado á reuniones y bailes, se puso entonces á pasar revista á las relaciones de su padre y á calcular las probabilidades que él tenía de participar de las invitaciones. Pero tuvo que reconocer con humillación y despecho que aquellas probabilidades eran muy débiles. Remigio no era admisible todavía—¡oh vergüenza!—más que en los balles de niños. Entonces, la imagen de aquella hada encantadora reaparecida deliciosamente en el horizonte de sus pensamientos, se desvaneció en definitiva, como el sol desaparece del horizonte del cielo. Colette había prometido ir á verlos; pero ¿iría? Además se la representaba mal en traje de calle; no la concebía de aquel modo. La joven no tenía ningún puesto en su existencia real, pero, en menos de veinticuatro horas, había tomado uno enorme en su vida imaginativa.

Cuando Valentina volvió de la calle y entró en el cuarto del muchacho, le encontró pálido y desolado.

Al principio, como no había encendido la lámpara, creyó que estaba durmiendo, é iba á retirarse despacito cuando vió su silueta de codos en la mesa y destacándose vagamente sobre la ventana, iluminada por un farol de la calle.

—¿No duermes?, le dijo aproximándose. ¿Por qué no me decías nada? ¿Cómo estás, querido? ¿Te sientes mejor?

Valentina le besó en la frente y le cogió las manos.

—¡Estás helado! Y has dejado apagar el fuego... ¿Por qué estás así sin luz?

—No lo sé..., me es igual...

A Valentina le chocó la entonación de aquella voz triste que expresaba la profunda nada que eran entonces para Remigio los seres y las cosas... «¡Una lámpara! ¡El fuego! ¡Leer ó dormir! ¿qué importa todo eso en la vida?» parecía decir.

La madre se le llevó con ella á su cuarto, después de una corta resistencia de la que triunfó, como siempre, diciéndole que le necesitaba

Además, fué aquella una dulce violencia, pues la presencia de «mamá Valentina,» tan dulce y tan cariñosa, era ciertamente un bálsamo para los dolores del pobre muchacho. Valentina le consultó, sin parecer que notaba su visible indiferencia, sobre la colocación de un estante de libros y de pequeños objetos artísticos que había encargado para ponerlos en su saloncillo.

—Mira... ¿Ves ese hueco?.. ¿Crees que el estante estará bien ahí?.. Sí, ¿verdad? Nosotros mismos lo arreglaremos; tú me ayudarás.

Ella misma preguntaba y se contestaba. Remigio era su ayudante habitual en todos aquellos arreglos decorativos que ella imaginaba con su buen gusto femenino, y de ese modo había desarrollado en él la afición al orden y á la armonía del hogar, que le retenía invenciblemente por mil lazos invisibles, á fin de que siempre se refugiase en él mejor que en otra parte.

Al cabo de unos minutos, viendo que no tenía éxito alguno con su estante, Valentina se puso muy naturalmente á hablar de Colette, y Remigio, desconfiado al principio, permaneció silencioso; pero tuvo, por fin, que responder á las mil preguntas que ella le hacía sobre la joven.

Remigio echó á su madre una mirada investigadora y juzgó, por la sencillez de su expresión, «que no sabía nada» de sus sentimientos secretos, tan exaltados hacía un momento. Aquello le tranquilizó completamente, y pronto se puso á hablar con locuacidad siempre sobre el mismo asunto: Colette.

Valentina le oía con sonrisa simpática y se limitaba á introducir en aquel monólogo simples exclamaciones: «¡Oh!.. ¡Ah!.. ¿Sí, eh?..» Lo que no podía tener consecuencias y permitía á Remigio desahogarse libremente.

Cuando se calló un poco cansado, al cabo de una hora, no sentía ya dolor de cabeza y había vuelto á tomarle gusto á la vida.

## II

### QUE TRATA DEL PORVENIR...

Hay mañanas de primavera muy crueles para el estío de ciertas mujeres. Por mucha que fuese la confianza que Ivona Allire tenía en su propia persona, se vió precisada á reconocer esa verdad, en un hermoso mediodía de marzo, en el momento en que, después de levantarse con grandes desperezos y bostezos desmesurados, se estaba mirando, según costumbre, en el espejo ovalado de su tocador.

—¡Dios mío!.. ¡Qué mala cara tengo!, exclamó.

Lo que era un verdadero eufemismo, pues despojada de afeites y de adornos, «la hermosa señora de Allire» era fea. A la luz artificial y una vez la cara «hecha,» Ivona pasaba todavía por una guapa mujer; pero por la mañana, antes de estar rizada, pintada y aterciopelada, tenía la fisonomía ajada y deslucida. Su cutis, ya descolorido y seco, presentaba terribles patas de gallo en los ángulos de los ojos y en las comisuras de los labios, y sus párpados, enrojecidos por las largas veladas en salones caldeados y cargados de luces, no estaban ya sombreados por espesas pestañas.

Por último, no había que disimularse; estaba engordando, y engordar, á su edad y con las redondeces que siempre había tenido, era volverse jamona, lo que ella trataba de evitar con toda la energía de que era capaz. En aquel momento estaba esperando á la *masseuse*; pero se sentía muy cansada y tenía el estómago estragado y dolorido.

Se puso á arreglarse un poco, y mientras procedía á aquella primera operación, llamaron discretamente á la puerta.

—Adelante, dijo, creyendo que era la doncella.

Pero fué Colette la que se presentó, y la de Allire le dirigió una mirada muy poco benévola. Estaba la muchacha adorablemente linda aquella mañana. Esbelta y alta, con su traje azul oscuro; con el cabello de oro escapándose como espuma en rizos naturales del sombrerito á la marinera, del que parecía surgir un pájaro; con las mejillas de una palidez sonrosada, y los ojos puños como el agua, Colette presentaba la deliciosa frescura de un ramillete viviente.

La joven presentó la frente á su madrastra y le devolvió su beso con precaución, acostumbrada á los «¡Cuidado!» que detenían siempre sus ímpetus. Colette había olvidado hacía mucho tiempo las expansiones; pero aquel día, sin embargo, sus palabras eran más francas que de ordinario.

—Vengo del Bosque con papá

—¿Cómo! ¿Tu padre ha tenido tiempo de ir de paseo esta mañana?

(Continuará)

## NUEVO BUQUE AÉREO

DEL PROFESOR LANGLEY

El famoso físico norteamericano profesor S. P. Langley, que con infatigable constancia persigue desde hace tiempo la solución del problema de la navegación aérea, trabaja actualmente en Widewater, cerca de Washington, en la terminación de un nuevo buque aéreo, construido según los planos por él trazados, y que en breve se ensayará prácticamente. Antes de las

Con este modelo que acabamos de describir pudo recorrer el profesor Langley, hace poco tiempo, un espacio de 550 metros: el aparato permaneció en el aire tres cuartos de minuto y describió un semicírculo, verificándose el descenso, según se había previsto, en el río Potomac.

El día 8 de octubre último verificóse la prueba con el buque aéreo, que es una reproducción exacta del aerodromo, pero en proporciones mayores. Por defectos de estabilidad no fué posible hacer emprender al aparato un vuelo regular, y el buque, poco después

zón á modo de carro que rueda sobre rieles y al cual se imprime una velocidad inicial moderada, mediante unos muelles de acero; y cuando el carro ha llegado al borde de la plataforma, queda frenado automáticamente, mientras el buque aéreo se separa de él y comienza á volar libremente. Si el aparato está bien equilibrado, descendiendo, sin caer, en una dirección ligeramente inclinada, hasta que alcanza la llamada velocidad de suspensión, y conseguida ésta, se mueve á impulso de las hélices en sentido horizontal y á veces ligeramente ascendente, tanto tiempo cuanto fun-

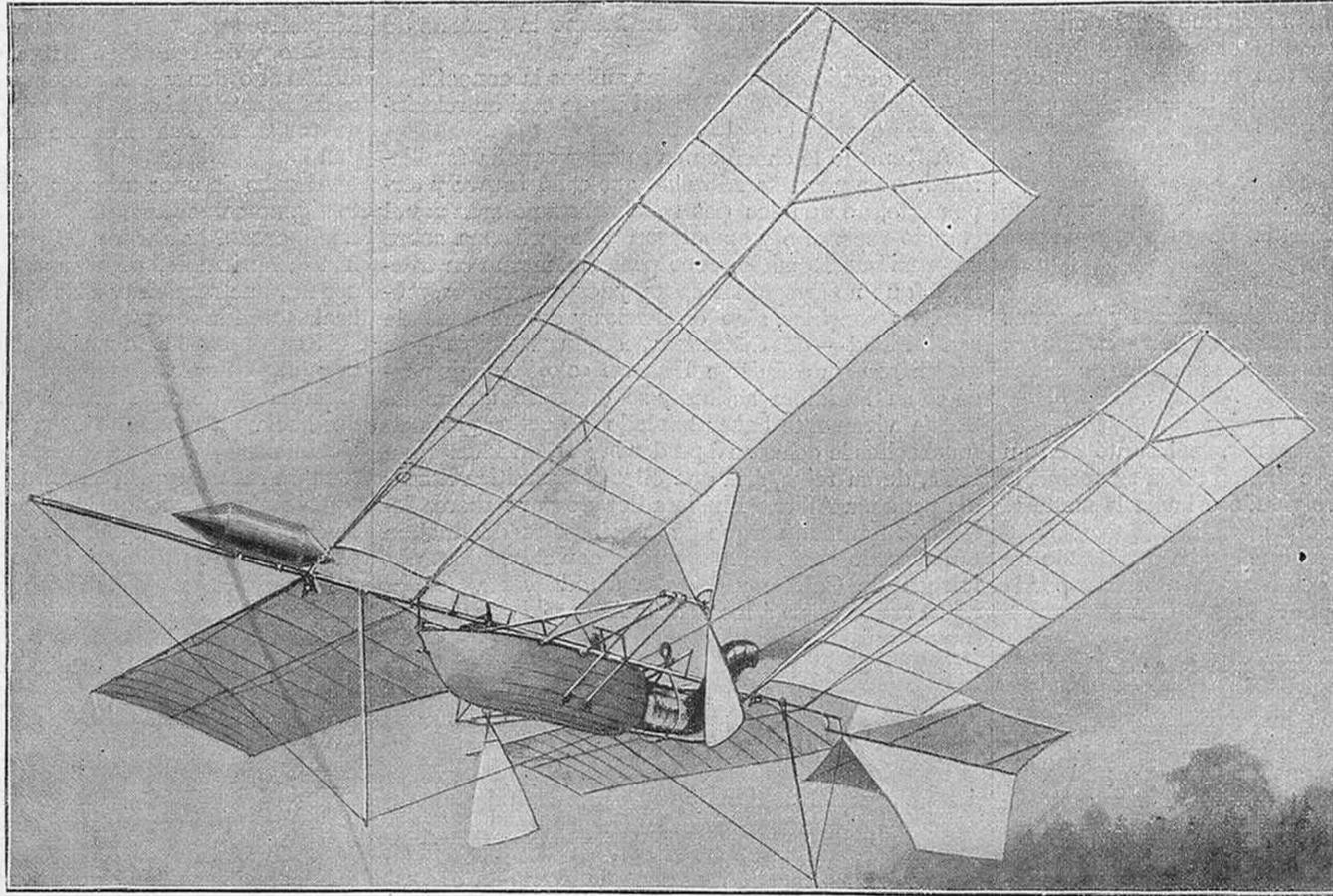


Fig. 1. - Nuevo aparato volador de Langley

pruebas definitivas, y con el objeto de aclarar debidamente algunos puntos fundamentales respecto del equilibrio del aparato en el aire, ha hecho, con muy buen acuerdo, el profesor citado algunos experimentos con un modelo grande de su buque aéreo. Este modelo, llamado «aerodromo», es el aparato más pesado de los construidos por la mano del hombre, que sin auxilio de un globo y sólo por su propia fuerza ha podido recorrer libremente un largo espacio en el aire. El peso del aerodromo completamente montado es igual al de las mayores aves, es decir, de 13'6 kilogramos. La longitud de los dos pares de alas es de cuatro metros cada uno y su anchura de 60 centímetros. Las cuatro alas van fijadas en un tubo que constituye, por decirlo así, la columna vertebral del aparato y que está colocado horizontalmente en sentido del vuelo, y se abren en dirección casi horizontal, como las de un pájaro cuando se cierne en los aires.

La longitud total del aerodromo, desde la punta de la proa hasta el borde posterior del timón, es de cinco metros. Las alas son inmóviles y no tienen más objeto que mantener el aparato en suspensión en el aire. El aerodromo es impulsado por dos hélices de un metro de diámetro cada una, situadas una junto á otra entre los dos pares de alas de manera que sus ejes sean horizontales y paralelos á la dirección del vuelo, y movidas por un pequeño motor de vapor que les hace dar de 800 á 1.000 revoluciones por minuto. Este motor es una verdadera maravilla por su ligereza, puesto que con todos sus accesorios, hogar y caldera sólo pesa tres kilogramos, pudiendo desarrollar una fuerza de 1'25 caballos. El motor, la caldera y el hogar van encerrados en una caja en forma de bote á fin de disminuir todo lo posible la presión del viento sobre el casco del aparato. Esta caja, en forma de bote, sirve además para impedir la inmersión del aerodromo en caso de caer en el mar.

de lanzado, perdió el equilibrio, yendo á caer en el río Potomac y sufriendo algunas averías las alas y las hélices: el motor quedó intacto. También salió ileso el profesor Carlos M. Manly, que tripulaba el buque aéreo.

El profesor Langley, que se propone reanudar sus experimentos en la próxima primavera, ha construido por encargo y cuenta del Ministerio de la Guerra de los Estados Unidos un gran buque aéreo del mismo tipo que su aerodromo, la cual construcción se ha lle-

ciona el motor. Cuando éste deja de funcionar, el aparato se inclina constante y lentamente y al cabo de un rato toca suavemente en tierra.

No puede negarse que el procedimiento descrito para el lanzamiento del buque aéreo es propio para inspirar ciertos temores y casi parece imposible que tal operación pueda realizarse felizmente, sobre todo teniendo en cuenta las dificultades prácticas casi invencibles para conseguir un equilibrio seguro; pero considerando que el profesor Langley ha demostrado hasta ahora gran energía y perseverancia en sus investigaciones técnicas sobre la navegación aérea, y atendiendo además á que dispone de cuantiosos recursos pecuniarios, cabe esperar algunas sorpresas; de aquí que en los círculos especialistas se miren con mucho interés los ensayos que se anuncian de su aparato.—N.

\* \* \*

## LA INTELIGENCIA

DE LOS ANIMALES

En distintas ocasiones nos hemos ocupado de la «inteligencia de los animales;» los siguientes casos confirman lo que otras veces hemos dicho.

«Mi padre—dice un corresponsal de la revista francesa *La Nature*—tenía en Vincennes dos caballos, tan ardientes cuando se les montaba como mansos en la cuadra. Un día que uno de ellos regresaba de paseo, seguía un camino estrecho, encajonado entre dos paredes; mi hermana, que iba montada en él agarrada á las crines, cayóse al suelo debajo del caballo. Este no podía avanzar sin pisar á la niña y por otra parte el sendero era demasiado angosto para que el animal pudiera apartarse á un lado ó para permitir que un hombre pasara entre la pared y el caballo para sacar á la muchacha de aquella situación peligrosa. El animal se paró en seco con la pata levantada para no aplastar con su casco á mi

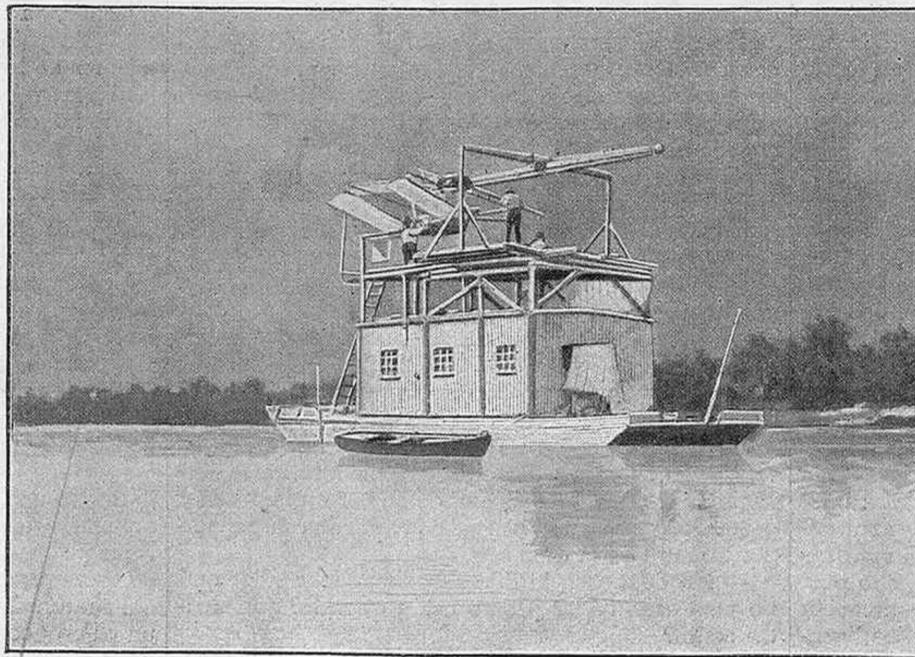


Fig. 2. - Taller flotante para la construcción del aparato de Langley

vado á cabo en una gran barca anclada en el río Potomac: sobre la cubierta espaciosa de esta barca se ha levantado un edificio de más de diez metros de alto, hecho con fuertes tablonces de madera y terminado en una plataforma horizontal desde la que, por medio de un aparato especial, se realiza el lanzamiento del buque.

El vuelo del aparato se verifica del modo siguiente. Primeramente se coloca el buque sobre una arma-

hermana y se estuvo en esta postura incómoda hasta que acudió una persona y salvó a la niña.» ¿No es este acaso un hermoso ejemplo de mansedumbre y de inteligencia?

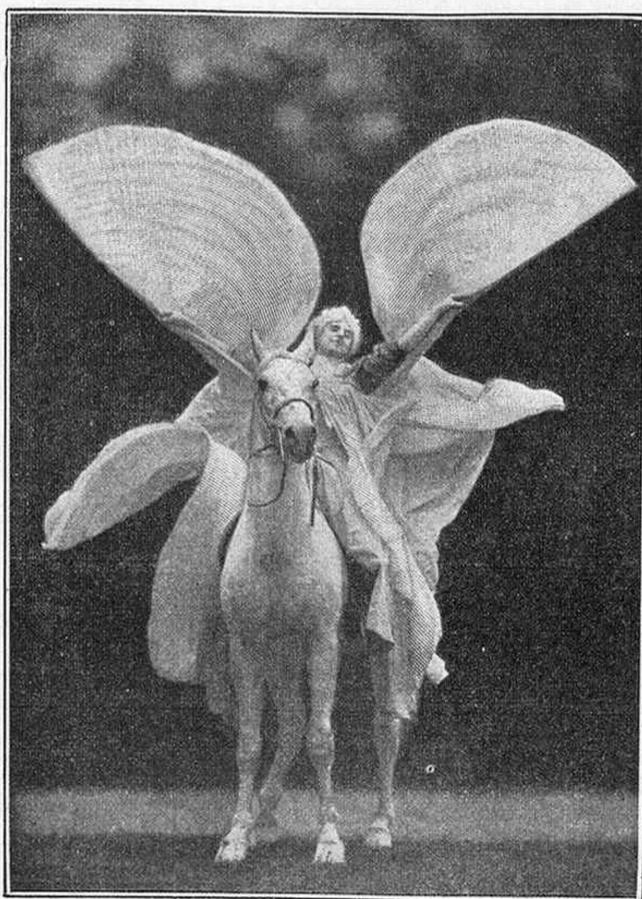
Otro caso más notable es el que cita M. Ponet, abogado de Thonón: «Tengo un perro llamado Pornic. Los domingos y días de fiesta por la mañana cierro mi despacho a las diez y me voy a misa. Pornic no deja nunca de ir a esperarme a la salida de la iglesia, delante de la escalera. Hasta aquí no hay nada extraordinario. Pero el 14 de julio último (fiesta nacional en Francia) cerré el despacho sin preocuparme de Pornic, a quien con gran sorpresa encontré a las once delante del templo esperando mi salida y al parecer sumamente desorientado al observar la falta de los grupos que allí se forman todos los domingos a la hora de misa. El perro, viendo que mis pasantes cerraban los postigos, dedujo de ello que era día de fiesta, como en realidad lo era, y que yo iría a misa, en lo cual se equivocaba. Pornic no había seguido a nadie, sino que se había formulado un razonamiento, falso en las premisas, pero muy lógico y perfectamente deducido.» De este relato se desprende además que el animal debe de tener la noción de la hora desde el momento en que espera a su amo a la salida de misa.

Otro ejemplo para terminar.

Refiere un labriego que tenía en su granja una clueca que acostumbraba llevar sus polluelos a un estercolero separado de la casa por un corral. Una mañana oyó a la gallina cloquear como si estuviese encolerizada y vió que juntaba sus pequeñuelos; miró el hombre en torno suyo y pudo ver en el aire y no a mucha altura un águila que se cernía y que se disponía evidentemente a arrojarse sobre los polluelos. La clueca, comprendiendo que no tenía tiempo de atravesar el corral con toda su cría para resguardarse en la granja, y que de intentar esto se exponía a que el águila le arrebatase alguno de los polluelos, reunió

a éstos junto al estercolero, los escondió uno a uno debajo de la paja y los cubrió de estiércol, hecho lo

y llegó al gallinero, en la seguridad de que el águila, no pudiendo distinguir a los polluelos en su improvisado escondrijo, no tardaría en alejarse, como así fué, en efecto. Este caso demuestra, no sólo la inteligencia de la madre, sino también el instinto de los polluelos que, como si comprendieran el peligro que les amenazaba, no piaron una sola vez desde que los reunió su madre para esconderlos, ni hicieron el menor movimiento dentro del escondrijo.—J.



La amazona Teresa Renz ejecutando los ejercicios de la serpentina á caballo

cual, y á fin de llamar ella sola la atención del ave de presa, cruzó el corral haciendo ver que picoteaba de los números más interesantes del repertorio de los teatros de variedades.—X.

LA SERPENTINA Á CABALLO

Entre todos los ejercicios de esta índole que se ejecutan en los circos, cafés conciertos, etcétera, llama preferentemente la atención el que realiza actualmente en Berlín la bella y elegante amazona Teresa Renz.

En un escenario completamente tapizado de negro, preséntase vestida con un traje de serpentina blanco y montada en un caballo de este mismo color, que por sus majestuosos movimientos es muy á propósito para esta clase de espectáculo.

La amazona verifica sus evoluciones sobre una pequeña plataforma siguiendo los acompasados movimientos del animal, y el efecto que producen los fantásticos giros de las ligeras telas iluminadas por reflectores de luz eléctrica es realmente maravilloso: cuando las faldas de la amazona se alzan en movimientos ondulantes y rápidos, forman como unas alas del caballo y se produce la ilusión de que éste va á lanzarse á los aires.

La habilidad con que está adiestrado el animal, la seguridad y la gracia de la amazona y la originalidad del ejercicio hacen de éste uno de los números más interesantes del repertorio de los teatros de variedades.—X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

**COLORES PÁLIDOS**  
**AGOTAMIENTO**  
**GRAJEAS Y ELIXIR**  
**RABUTEAU**  
*El mejor y más económico*  
**Ferruginoso.**  
CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

**Reumáticos y Gotosos!**  
Tratado curaros con la Legítima  
**PISTOIA**  
**PLANCHE**  
(Dos Siglos de Éxito)  
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.  
**CURA la GOTA**  
el Reumatismo, el Artrismo, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.  
Fco. PLANCHE en Marsella (Francia). En todas las Farmacias bien surtidas.

**GARGANTA**  
VOZ y BOCA  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—PRECIO: 12 REALES.  
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
SOBERANO contra  
**ASMA**  
CATARRO, OPRESIÓN  
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.  
30 AÑOS DE BUEN ÉXITO  
MEDALLAS ORO y PLATA.  
MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

**AVISO Á LAS SEÑORAS**  
**EL ANIOL** DE LOS DRES  
**JORET Y HOMOLLE**  
CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS  
F<sup>ca</sup> G. SEGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**LA SAGRADA BIBLIA**  
EDICIÓN ILUSTRADA  
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas  
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**ENFERMEDADES**  
**ESTÓMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
Exigir la Firma WLINSI.  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del pecho y de los *Intestinos*, los *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTÁTICA**  
Espantos de sangre, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Paisaje, cuadro de José María Marqués

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL** CIGARROS  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL  
 • disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-MESPEYRES  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**VINO AROUD** (Carre-Quina) el mas Reconstituyente  
 prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

Frasco 5 fr. en Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa  
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARRCSA  
 ARRUGAS PRECOGES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.  
 CANDES et Cie B<sup>e</sup> St-Denis-16

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE  
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

Las  
 Personas que conocen las  
**PÍLDORAS**  
 DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
 DE PARIS  
*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**ZÔMOL**  
**ZÔMOTERAPIA**  
**EL ZÔMOL** PLASMA MUSCULAR (Jugo de carne desecado)  
 PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la  
 TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA, la CLOROSIS, la ANEMIA, la CONVALECENCIA, etc.  
 Tres cucharaditas de café de Zômol representan EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.  
 PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

**ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
 célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, Exigir el legitimo. - Todas Farmacias.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILLIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN